

(Fue acá y hace mucho)

Antología de leyendas y creencias argentinas

Versiones de Cecilia Romana



GOLU





Grandes Obras de la Literatura Universal

Fundada en 1953

Colección pionera en la formación
escolar de jóvenes lectores

Títulos de nuestra colección

- *El matadero*, Esteban Echeverría.
- *Cuentos fantásticos argentinos*, Borges, Cortázar, Ocampo y otros.
- *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya*, Diego Bentivegna y Cecilia Romana.
- *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Robert L. Stevenson.
- *Seres que hacen temblar – Bestias, criaturas y monstruos de todos los tiempos*, Nicolás Schuff.
- *Cuentos de terror*, Poe, Quiroga, Stoker y otros.
- *El fantasma de Canterville*, Oscar Wilde.
- *Martín Fierro*, José Hernández.
- *Otra vuelta de tuerca*, Henry James.
- *La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca. 
Automáticos, Javier Daulte.
- *Fue acá y hace mucho*, Antología de leyendas y creencias argentinas.
- *Romeo y Julieta*, William Shakespeare. 
Equívoca fuga de señorita, apretando un pañuelo de encaje sobre su pecho, Daniel Veronese.
- *En primera persona*, Chejov, Cortázar, Ocampo, Quiroga, Lu Sin y otros.
- *El duelo*, Joseph Conrad.
- *Cuentos de la selva*, Horacio Quiroga.
- *Cuentos inolvidables*, Perrault, Grimm y Andersen.
- *Odisea*, Homero.
- *Los tigres de la Malasia*, Emilio Salgari.
- *Cuentos folclóricos de la Argentina*, Antología.
- *Las aventuras de Huckleberry Finn*, Mark Twain.
- *Frankenstein*, Mary Shelley.
- *La increíble historia de Simbad el Marino*, relato de “Las mil y una noches”.
- *Heidi*, Johanna Spyri.

...resuelta, de una procesión en que debía ir...
...blación descalza y al cráneo descubierta, acompañando

Fue acá y hace mucho

Antología de leyendas y creencias argentinas

Versiones y estudio preliminar de Cecilia Romana



Grandes Obras de la Literatura Universal

...tabola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
...resuelta, de una procesión en que debía ir toda la no...

Dirección editorial: Profesor Diego Di Vincenzo.
Coordinación editorial: Alejandro Palermo.
Jefatura de arte: Silvina Gretel Espil.
Introducción, notas y actividades: Cecilia Romana.
Diseño de tapa: Natalia Otranto.
Ilustraciones: Gustavo Deveze.
Diseño de maqueta: Silvina Gretel Espil y Daniela Coduto.
Diagramación: estudio gryp.
Corrección: Mariano Sanz.
Documentación: Gimena Castellón Arrieta.
Coordinación de producción: Juan Pablo Lavagnino.

Fue acá y hace mucho. Antología de leyendas y creencias argentinas / adaptado por Cecilia Romana - 1a ed. 1a reimp.- Buenos Aires : Kapelusz, 2011.
136 p.; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-13-2339-9

1. Antología literaria argentina. 2. Leyendas. I. Romana, Cecilia, adapt.
CDD A860

© Grupo Editorial Norma S.A., 2009
San José 831, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
www.kapelusznorma.com.ar

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Primera edición.
Cuarta reimpresión: diciembre de 2012
Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

CC: 29002285
ISBN: 978-950-13-2339-9

⊘ PROHIBIDA LA FOTOCOPIA (ley 11.723). El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra, la que no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, el de registro magnetofónico o el de almacenamiento de datos, sin su expreso consentimiento.

Índice

Nuestra colección 7

Leer hoy y en la escuela *Fue acá y hace mucho* 9
Antología de leyendas y creencias argentinas

Avistaje 11

Palabra de expertos 13
“Leyendas, creencias y devociones populares”,
Cecilia Romana

Fue acá y hace mucho 17

Antología de leyendas y creencias argentinas

La flor de lirolay 19

La travesía de Deolinda 29

El Familiar 41

Santos Vega, payador 53

Gualicho 63

El Pombero 71

Coquena 79

El Gauchito Gil 89

La luz mala 97

La noche de Rufina 105

Sobre terreno conocido

Comprobación de lectura 115

Actividades de comprensión y análisis 121

Actividades de producción 129

Recomendaciones para leer y para ver 133

Bibliografía 135

(Nuestra colección)

Incantables ámbitos de nuestra actividad social se vinculan con la lectura. Una vez que aprendemos a leer, no podemos evitar percibir todo texto escrito con el que cruzamos la mirada. Así, leemos los carteles indicadores a partir de los que nos desplazamos en nuestros trayectos —cotidianos o no—, leemos publicidades que —con su pretensión de originalidad— intentan persuadirnos de que consumamos un producto, leemos los precios de las mercaderías exhibidas en góndolas y vidrieras, leemos la información de sus etiquetas... leemos lo que alguien dejó escrito en las paredes de los edificios.

La escuela es el ámbito privilegiado para la lectura; incluso, es la institución responsable de estimular en los alumnos el desarrollo de sus habilidades como lectores y como escritores. La escuela se encarga, también, de iniciar a los estudiantes en la lectura de los textos literarios. Y ese tipo de lectura tiene sus propias particularidades y exigencias. Por ejemplo, un lector entrenado es aquel capaz de comprender, analizar y valorar un texto. Por otra parte, tiene que aprender a ubicarlo en el tiempo y en el lugar en que se escribió. Cuantas más relaciones pueda establecer un lector entre esa obra y la situación en que se produjo y circuló, entre esa obra y otras, más rica será su lectura.

Además, los lectores de literatura disponen de la posibilidad de saber de otros tiempos, de otros mundos, de otros seres, y de atesorar en sí conocimientos inagotables, de los que siempre podrán disponer.

Quienes seleccionamos los textos y preparamos las actividades para la colección Grandes Obras de la Literatura Universal (GOLU) lo hacemos con la voluntad de despertar el interés de los jóvenes lectores, de alentar sus ganas de seguir leyendo y de acompañarlos en el encuentro personal con los tesoros que las obras de todas las épocas tienen para ofrecernos. En esta tarea apasionante nos guía la certeza de que la literatura constituye un camino único y lleno de descubrimientos, que todos merecemos recorrer y disfrutar a lo largo de nuestras vidas.

Leer hoy y en la escuela

Fue acá y hace mucho *Antología de leyendas* *y creencias argentinas*

Las tradiciones de un pueblo —sus creencias más arraigadas— son como el hormigón armado para un rascacielos: su basamento, su sostén y su figura. Así como las columnas permiten que un edificio se mantenga en pie, al tiempo que sostienen su forma y posibilitan nuevos agregados, los testimonios que se transmiten de boca en boca proveen a los pueblos de un instrumento incomparable: la memoria añosa de lo que estuvo antes que nosotros.

Los antiguos griegos pensaban que lo más verdadero era lo que estaba más cerca del principio, o sea, más atrás en el tiempo: creían que, en los umbrales de la humanidad, dioses y hombres habían vivido en una relación estrecha, y que ese vínculo sin intermediarios se había ido perdiendo con el correr de los años. Entonces, el único camino que existía para reencontrarse con el tiempo originario de la humanidad —ese momento privilegiado en que los pueblos tuvieron contacto directo con la maravilla de lo sobrenatural— era el de la tradición, ese hilo imperceptible que viajaba de generación en generación por medio de los relatos y los ritos.

Nuestro país es inmenso. En su territorio se desarrollaron diversas culturas, amparadas por un abanico de climas y paisajes disímiles, pasando de la montaña nevada a la meseta desértica, de los bañados a la salina, de la exuberante selva al horizonte insondable

de la costa marítima. Esas culturas tejieron relatos que reflejan el nudo de su saber, y en esos relatos plantaron la semilla de su identidad, que fue transmitiéndose de padres a hijos mediante el lenguaje y la memoria.

Quizás lo más importante de esto es que la identidad está en continuo cambio —o, más bien, en continuo crecimiento. No hay cristalización posible en la identidad de un pueblo, porque un pueblo nunca termina de formarse. Mediante las narraciones que viajan de boca en boca y de hoja en hoja, las tradiciones más antiguas se suman a las más recientes y van trazando perfiles inesperados, llenos de enseñanzas y secretos, porque encierran saberes que nos hermanan con los que estuvieron aquí antes que nosotros y nos muestran la razón de ser de nuestra cara actual.

Los relatos de *Fue acá y hace mucho...* recorren los cuatro puntos cardinales de nuestro país. Como un explorador del tiempo, se internan en las leyendas rurales y también en las urbanas. Nos hablan de personajes reales y de otros que, si bien no lo son, podrían serlo, porque, como dijimos al principio, todos los andamios valen para construir más pisos en un edificio.

De norte a sur, de este a oeste, este libro constituye una recorrida por los saberes de nuestra tierra, por sus más íntimas expresiones. Y, por qué no, es como ese hilo del que hablaban los antiguos griegos: ese lazo que nos une con lo más verdadero, que es también lo que está más lejano en el tiempo.

(Avistaje)

- 1 ¿Escucharon hablar alguna vez sobre “el duende de la siesta”? Se trata de un personaje que reaparece en las tradiciones de muchos países, no solo en las de la Argentina. En algunas partes de nuestro país, por ejemplo, se habla del Pombero, que tiene el aspecto de un enano barbudo con los pies dados vuelta.
 - ¿Por qué creen que se lo llama “el duende de la siesta”?
 - ¿Por qué será que no aparece en las grandes ciudades?
 - Dibujen al duende de la siesta tal como ustedes se lo imaginan. Tengan en cuenta que es petisito y burlón.
- 2 En las rutas de nuestro país florece el culto a varios personajes a los que la gente les pide milagros. Dos de ellos son la Difunta Correa y el Gauchito Gil. Pregunten en sus casas y traten de averiguar:
 - ¿Qué objeto se suele ofrendar a la Difunta Correa en sus santuarios? ¿Por qué?
 - ¿De qué color son las banderas y los objetos que se colocan en los santuarios del Gauchito Gil? ¿Por qué?
 - Si conocen algún otro personaje al que se le rinda culto en los costados de las rutas, escriban su nombre y anoten algunas de sus características.
- 3 El Gualicho es el protagonista de uno de los relatos de este libro. En la tradición mapuche, se trata de un ser malvado que aprovecha las fiestas familiares para realizar sus fechorías. Averigüen: ¿a qué se le llama comúnmente “gualicho”?

- 4 Rufina Cambaceres fue un personaje real, hija del escritor y político argentino Eugenio Cambaceres. El cuerpo de Rufina está sepultado en el cementerio de la Recoleta, en la Ciudad de Buenos Aires, y su bóveda tiene mucho que ver con la leyenda que rodea su muerte.



Escultura que representa a Rufina Cambaceres, en el cementerio de la Recoleta.

- Observen la foto de la escultura de Rufina en la entrada de la bóveda e imaginen: ¿Qué está haciendo la joven? ¿Por qué les parece que lo hace?
 - Averigüen qué otras personalidades importantes de nuestro país están sepultadas en ese cementerio (nombren, por lo menos, cinco).
- 5 Busquen en el diccionario la palabra “leyenda”, lean qué significa y respondan a estas preguntas.
- ¿Cuál de las acepciones que da el diccionario les parece la más adecuada para referirse a los relatos de este libro? Cópienla en la carpeta.
 - ¿Consideran que las leyendas son importantes para comprender la cultura de un pueblo? ¿Por qué?
- 6 El folclore, mediante la música y la danza, es una de las formas en que se transmiten la cultura y los saberes de los pueblos.
- ¿Qué músicas y danzas folclóricas argentinas conocen? Entre todos, confeccionen una lista que incluya la mayor cantidad posible.
 - ¿Conocen alguna canción folclórica en la que se nombre una leyenda o un mito de nuestro país? Si fuera así, anoten su nombre.

(Palabra de expertos)

LEYENDAS, CREENCIAS Y DEVOCIONES POPULARES

Cecilia Romana

Tradiciones de nuestra tierra

La cultura de un pueblo es aquello que lo distingue de todos los demás y garantiza la permanencia de su identidad a lo largo del tiempo. A veces, el concepto de cultura se presenta en nuestra imaginación con la quietud de una foto, como algo estático que estaba ahí antes de que nosotros llegáramos y a lo que no podemos aportar absolutamente nada... Sin embargo, la cultura se sustenta en los modos de vida, en las costumbres, en los conocimientos, en los adelantos, y por eso se forja en las actividades que realizamos todos los días. Como una planta, nace, crece y genera nuevos brotes, dispersa sus semillas en el viento o en los cursos de agua, para que nuevas plantas florezcan en el futuro. Por eso es imposible considerar a la cultura de un pueblo como algo estático o concluido.



Los ritos en honor de la Pachamama, que se celebran en muchos lugares de América, se remontan a épocas anteriores a la llegada de los españoles a estas tierras.

La cultura se nutre de las manifestaciones más variadas de la creación humana: el arte, la literatura, la música, el idioma; pero también —y con igual fuerza— las tradiciones orales o escritas que llegan hasta nosotros con paso lento y firme, a través del folclore, de las narraciones que nos cuentan nuestros abuelos y, claro está, de los libros. Este es el caso de *Fue acá y hace mucho... Antología de leyendas y creencias argentinas*, un volumen que recopila diez relatos inspirados en devociones, leyendas y creencias que se originaron en nuestro territorio, en distintos lugares y diferentes momentos, y continúan teniendo una actualidad innegable.

Los relatos de este libro

La Difunta Correa, el Gauchito Gil y Santos Vega son algunos de los nombres que habitan estas páginas. Se trata de tres personajes surgidos del medio rural, sobre quienes lo sobrenatural dio leves pinceladas para convertirlos en seres especiales, capaces de canalizar el sentimiento religioso de un pueblo que los venera. En ellos resplandece una luz que los diferencia del resto. Fue esa luminosidad la que los guió como un faro, para que pudieran cumplir con alguna de las metas que se habían propuesto en cierto momento de sus vidas. En los tres, el valor que simboliza la defensa de los ideales está escrito con letras mayúsculas, y esa es la razón por la que reciben el cariño y la devoción de quienes confían en ellos y les piden ayuda cuando deben enfrentar dificultades.

También se da el caso de seres mágicos, como el Pombero, el Familiar, o Gualicho: personajes caprichosos y vengativos que encarnan, de alguna manera, la amenaza de la maldad sobre la Tierra. En ocasiones, estos seres aparecen con un toque de picardía; otras veces, expresan el miedo que puede desencadenar en nosotros la presencia

de lo desconocido o lo inexplicable. Pero también existen, en las tradiciones de nuestra tierra, seres que protegen a los animales y a quien los cuida: es el caso de Coquena, que solamente se porta mal con aquellos que lastiman a las vicuñas o las cazan por diversión.

Hay también fuerzas misteriosas que asustan porque la creencia popular las relaciona con las almas en pena, como ocurre con la Luz Mala, que sorprende a quienes andan de noche por el campo. Se cuentan, asimismo, historias tremendas de personas a las que se creía muertas y, sin embargo, no lo estaban: así dicen que pasó con Rufina Cambaceres, a comienzos del siglo xx. Y, porque no puede faltar una manifestación de la naturaleza que desentrañe las ambiciones humanas, también aparece en estas páginas la leyenda de la flor de lirolay, que nos habla de dos hermanos que intentan deshacerse del menor para heredar las riquezas del padre.

Este conjunto de relatos basta para dar una idea del fructífero sentido que presentan las tradiciones en el corazón de una cultura. En la selección se ha procurado que estén representadas las distintas latitudes de nuestro país: descubrimos, por ejemplo, costumbres añejas que hoy en día se siguen practicando, como la infaltable siesta provinciana —escenario ideal para la aparición de toda clase de seres sorprendentes—, o paisajes como la extensión interminable de la llanura pampeana, que da vida a un individuo tan representativo como el gaucho.



El gaucho ha inspirado muchas de las grandes obras de la literatura argentina, como Martín Fierro, de José Hernández, y Don Segundo Sombra, de Ricardo Güiraldes.

Relatos siempre vivos

La convivencia del hombre con el paisaje, la inesperada irrupción de las fuerzas de la naturaleza en la vida cotidiana, la ambición, el amor, la rebeldía, lo que nos da miedo... cualquier pretexto puede convertirse en el desencadenante del relato; aunque, quizás en lo más profundo del espíritu humano, ningún pretexto sea puramente casual. Ese hilo de la narración que nace cuando los integrantes de una comunidad se reúnen, después del día de trabajo, junto al fogón, y que se va transformando a través del tiempo, al ser transmitido de generación en generación, es una de las expresiones más genuinas de lo popular.

No es casual, entonces, que los relatos reunidos en este volumen pertenezcan a voces de nuestro país, que —aun siendo de distintos espacios y épocas— enriquecen un mismo caudal: el de nuestra identidad, siempre en formación. El condimento especial que tienen estas narraciones es el interés que lo humano pone en ellas, porque, si no fueran especialmente atractivas, se hubieran quedado sin alas antes de levantar vuelo. En todas, lo misterioso se manifiesta sorpresivamente, para dejar entrar la posibilidad del milagro que es, después de todo, lo que hace la vida más interesante. Esa capacidad de asombro, esa certeza de que las cosas pueden cambiar de la noche a la mañana, como por arte de magia, es lo que mantiene vigente el interés de estos relatos a lo largo de los años.

Fue acá y hace mucho

Antología de leyendas y creencias argentinas



creencia
divas p
parece
inredu
drent
Fabela



LA FLOR DE LIROLAY

El cacique¹ Kunchu estaba desolado.

Ya no podía admirar los colores del atardecer que tanto le gustaban. Tampoco le era ya posible descubrir, por el tono del río, si ese verano iba a crecer enfurecido o simplemente se quedaría ahí, en su cauce, echado como un niño con sueño. Desde que había perdido la vista, nada valía la pena para él. Nada, salvo sus tres hijos: Jhomis, Menate y Lecko, que ya eran mozos.

El accidente no había tenido características extravagantes. Una mañana, Kunchu se despertó con sed. Fue hasta el arroyo para lavarse la cara y tomar agua, pero perdió el equilibrio antes de pisar la orilla y se cayó. Al ponerse de pie, y sin haber experimentado ningún tipo de dolor, notó que las cosas del mundo se le apagaban como si una nube gris se las hubiera tragado. Los colores y los bordes de las plantas, la luz del cielo y las formas de las piedras, todo se le fue desdibujando hasta que sus ojos quedaron totalmente a oscuras.

Gritó pidiendo ayuda. Jhomis y Menate, que eran gemelos, no lo oyeron, porque todavía dormían; pero Lecko, su hijo menor, que siempre estaba alerta, escuchó el llamado y corrió hasta el arroyo. Pasando el brazo del cacique por sobre su hombro, se dio maña para conducirlo de vuelta a casa.

1 **Cacique:** persona de mayor autoridad en una comunidad aborígen.

parece
atrás
parece
incred
dent
Tabla

—¿Es verdad que se ha vuelto negro el día, hijo? —preguntó Kunchu.

Lecko, más desconcertado que su padre, le respondió que no, que únicamente él lo veía todo sin luz. Con enorme pena, el cacique comprendió que aquello debía ser obra de un hechizo... A pesar de que él era equitativo y bueno con su pueblo, ya tenía edad suficiente como para saber que en el corazón de algunos nunca faltan las envidias ni los rencores.

Pasaron los días. El anciano cacique se sentía inútil y torpe. Y le pesaba el temor de que su gente se hallara a la deriva por causa de esa penosa ceguera.

Una tarde, un sabio chamán² que andaba errando por los caminos del Chaco,³ se acercó a la casa de Kunchu y le dijo:

—Sé que estás ciego, señor, y sé también qué es lo que puede devolverte la vista.

Al cacique se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Hay una flor milagrosa —siguió el chamán—. Es la flor de lirolay. Blanca como las nubes que ya no ves, señor, y con pétalos largos como el número de tus días.

—¿Y dónde puedo encontrarla? —preguntó Kunchu.

—Eso te será imposible, porque estás ciego, señor. Incluso al que tenga vista le costará encontrarla. Solo puedo decirte que

2 **Chamán:** hechicero al que se supone dotado de poderes sobrenaturales para sanar a los enfermos, adivinar, invocar a los espíritus, etcétera.

3 **Chaco:** aquí, referido al Chaco salteño, extensa región que abarca parte de las provincias de Salta, Jujuy, Formosa, Santiago del Estero, Chaco, Tucumán y Santa Fe.

esa flor crece al norte, allí donde un río abandonó el rumbo y otro río se lo robó —fue la enigmática respuesta.

Kunchu sabía que en su pueblo no había jóvenes más valientes ni más fuertes que sus tres hijos. Les pidió, entonces, que fueran hacia el norte en busca de la flor de lirolay, con la promesa de que haría cacique al que fuera capaz de traérsela.

Jhomis y Menate se entusiasmaron, más por la posibilidad de quedarse con el poder de Kunchu que por la de devolverle la vista. Lecko, en cambio, partió lleno de esperanzas de encontrar el remedio para su padre.

Los tres hermanos caminaron día y noche, sin éxito. Atravesaron pueblos, vadearon ríos, soportaron lluvias persistentes y un sol que a veces parecía puro fuego.

Al cabo de varias jornadas, Jhomis y Menate se sintieron agotados y, aprovechando que justo pasaban por un caserío bastante poblado, decidieron quedarse un par de días para descansar... Total, tenían tiempo de sobra. Lecko no se opuso a la decisión de sus hermanos mayores; pero él prefirió seguir camino.

—Voy a volver a buscarlos —les dijo—. No se preocupen por mí.

El más joven de los hijos de Kunchu no podía esperar ni un minuto sabiendo que su padre estaba triste hasta lo más hondo del alma y cada día que pasaba era un martirio para él.

predecir
a través
parece
incredi-
blemente
habla

Unos kilómetros más al norte, antes de llegar a una aguada,⁴ Lecko se encontró con una vieja que lloraba recostada contra un tronco seco.

—¿Qué pasa, señora? ¿Por qué siente pena? —le preguntó.

—Es que no puedo cruzar la aguada —murmuró ella—. Antes era joven y podía; pero ahora ya no me dan las fuerzas, ¿has visto?

Sin pensarlo ni un instante, el joven alzó a la mujer y la llevó en brazos hasta la otra orilla.

En cuanto pisaron tierra firme, la vieja le dijo:

—Vos sos Lecko y yo voy a darte la flor de lirolay... Porque sos bueno y querés a tu padre más que a tu propia vida.

Él la miró lleno de desconcierto.

Entonces, la vieja sacó de entre sus ropas una bolsa tejida con lanas de muchos colores. Y metiendo la mano en la bolsa extrajo una flor blanca, de pétalos alargados, y se la entregó. Sin dar tiempo a que el muchacho le preguntara quién era o qué hacía allí, la mujer desapareció.

Aunque estaba sorprendido por lo que le había pasado, Lecko no perdió tiempo en tratar de encontrar explicaciones. Se puso la flor en el cinto y se dirigió de vuelta al poblado en donde habían quedado sus hermanos, para darles la buena nueva. Cuando llegó, encontró a Jhomis y Menate borrachos, echados a la vera del camino.

—Volvamos a casa —les dijo—. Ya tengo lo que veníamos a buscar.

4 **Aguada:** extensión de aguas que inunda total o parcialmente las labores de un campo.



Los gemelos intercambiaron miradas de desconfianza. Pero en cuanto Lecko sacó de su cinto la flor, los dos comprendieron que el muchacho no mentía.

Se alejaron de él recelosos.

Jhomis le dijo a Menate:

—No es justo, hermano, nosotros somos los mayores. La flor debería ser nuestra y no de ese tonto. Además, ¿te das cuenta de que, si él es quien la lleva, va a heredar todo? ¿Sabés lo que eso significaría para nosotros?

Menate, a quien la cabeza le daba vueltas como un moliinete, solo atinó a responder:

—Sí, mejor se la robamos.

—No —dijo el otro—. Si se la robamos, tarde o temprano le va a ir con el cuento al viejo. Hay que matarlo a Lecko, si queremos salirnos con la nuestra.

A los gemelos no les costó demasiado reducir a Lecko y sacarle la flor de lirolay. Le pegaron un golpe en la cabeza y lo enterraron en medio de un monte⁵ lo suficientemente alejado de cualquier caserío. Ni siquiera le pusieron una pila de piedras para saber dónde estaba sepultado. Así de malos eran Jhomis y Menate.

Nadie puede imaginar lo grande que fue la tristeza de Kunchu al enterarse de que solo dos de sus hijos volvían de la expedición. Y, aunque —tal como le había dicho el chamán— efectivamente recuperó la vista al frotarse los ojos con la flor de lirolay,

5 **Monte:** tierra sin cultivar, cubierta de árboles, arbustos y matorrales.

no podía hallar consuelo pensando que a su querido Lecko lo había matado el yagueté.⁶ Porque esa fue la mentira que le habían hecho creer los dos mayores.

Mientras tanto, Jhomis y Menate, en su nuevo papel de amos y señores del pueblo, hacían y deshacían asuntos a su puro gusto. La gente estaba cada vez más descontenta; pero a Kunchu, más que eso, le dolía la ausencia de Lecko, el único que siempre lo había comprendido y ayudado.

Una tarde, lejos de ahí, en el corazón del monte, un hachero, cansado de tanto trabajar, se echó a dormir debajo de un mistol.⁷ Cosa rara en esos lados, se levantó una brisa suave que parecía una música... Y cosa más sorprendente todavía, las ramas del mistol, al moverse, se pusieron a cantar:

*No te duermas hacherito
ni me quieras cortar...
¡Lo que hicieron mis hermanos
por la flor de lirolay!*

El hachero pegó un salto y corrió a contarle a su esposa lo que le había pasado.

6 **Yagueté:** felino americano de hasta dos metros de longitud y unos 80 cm de alzada, pelaje de color amarillo dorado con manchas en forma de anillos negros, y garganta y vientre blanquecinos.

7 **Mistol:** árbol cuyo tronco alcanza los 15 metros de altura, posee ramas muy abundantes, rígidas y espinosas, flores pequeñas y un fruto castaño con el que se suele elaborar arrope y otros alimentos. Se utiliza también con fines medicinales.

medica
atras
parece
incred
dent
tahola

Y esa misma nohcecita, cuando la mujer del hachero fue por agua al río, se lo contó a una vecina.

Y la vecina se lo contó a las comadres junto al fogón.

Y las comadres se lo contaron a otras personas, y esas personas a otras, de modo que a las pocas semanas, todo el mundo sabía lo que cantaba el mistol.

Fue así como la noticia llegó hasta Kunchu, que enseguida se dio cuenta de lo que pasaba, porque siempre en su corazón había sabido que la historia del yaguareté era una tremenda mentira.

Con una gran comitiva, el cacique fue hasta la casa del hachero y le pidió que lo guiara al monte, para buscar el mistol que cantaba.

Y cuando estuvieron frente al hermoso árbol, nuevamente se levantó la brisa como por arte de magia, y todos escucharon lo que cantaban las ramas del mistol:

*Padre mío, has llegado,
pena en mi pecho hay...
¡Lo que hicieron mis hermanos
por la flor de lirolay!*

Kunchu, que a esta altura ya estaba convencido de que su hijo menor no había muerto, ordenó a sus sirvientes que cavaran un pozo en el mismo lugar en donde se levantaba el árbol cantor. Y, en cuanto la tierra se abrió bajo las palas, descubrieron que Lecko estaba vivo y en perfecto estado de salud, solo que un poco embarrado.

La vuelta al pueblo estuvo llena de festejos, y Kunchu abrazó a su hijo durante todo el trayecto. Se organizaron celebraciones en homenaje al valiente y generoso Lecko, que desde el día en que pisó de nuevo su viejo pueblo, fue nombrado cacique con todos los honores.

Jhomis y Menate, que aguardaban temerosos la llegada de su hermano, se acobardaron creyendo que Lecko iba a vengarse de ellos... Se ve que no lo conocían bien: Lecko era noble y bueno y, lejos de castigar a los gemelos, les dio riquezas y tranquilidad para que pudieran vivir felices y sin problemas el resto de sus vidas.

Y así fue como, además de la vista, Kunchu recuperó su propia felicidad y la de todo su pueblo.





LA TRAVESÍA DE DEOLINDA

Deolinda era joven y, tal vez porque los nombres dicen mucho de quien los lleva puestos, era linda igual que un sol. Vivía con su esposo Baudilio en La Majadita, un paraje de la provincia de San Juan, donde el viento zonda¹ arrecia con su silbido cálido y seco. La casa no era la de una familia de plata, ni mucho menos. Se conformaban con vivir en las afueras de la ciudad, atendiendo sus animales —porque Baudilio era arriero,² y además tenía sus propios caballos— y llevando una vida tranquila: la vida de los recién casados que hacen todo juntos y, de esa forma, no les pesa el trabajo ni la necesidad.

El más valioso regalo que les había entregado el cielo era su hijo: un bebé de pocas semanas, regordete y de ojos vivos, que solía quedarse dormido mientras su papá rasgueaba en la guitarra una zamba aprendida en la niñez.

Y así pasaban los días, entre los quehaceres domésticos y los cuidados de la caballada. A veces, Deolinda iba a la ciudad a visitar a su familia y les llevaba una canasta de uva chinche que recogía de la añosa parra que trepaba en la glorieta. En esas tardes en que se quedaba solo, Baudilio caminaba por la huerta y pensaba: “¡Qué suerte la mía!”... Porque Baudilio amaba a su

1 **Zonda:** viento cálido y seco, con frecuencia cargado de polvo, que proviene del oeste. Puede superar los 80 km por hora. Sus efectos son muy evidentes en La Rioja, San Juan y parte de Mendoza.

2 **Arriero:** persona que se ocupa de conducir la tropa de ganado de un lugar a otro.

predecir
a través
parece
incredi-
blemente
habla

esposa y eso siempre lo sabía; pero cuando ella se ausentaba, el sentimiento afloraba con mayor fuerza. Al cabo de un par de horas de la partida de Deolinda, Baudilio la extrañaba locamente. Miraba hacia las nubes y se imaginaba la cara de ella en las formas de algodón: la sonrisa pura, los ojos negrísimos y el gesto decidido de su esposa. Bien sabía Baudilio que, a pesar de que ella era callada, tenía una voluntad de hierro y no dudaba un instante en trabajar a la par de la peonada con tal de ver crecer sus tomates, rojos y dulces.

Pero no todo era color de rosa en esos tiempos. El país estaba en guerra, en la peor de las guerras, que es la que se da entre hermanos. Las milicias reclutadas por los federales y los unitarios³ se batían en todas partes. Reinaba la confusión: los soldados respondían a caudillos⁴ que los hacían pelear en su nombre; aunque, muchas veces, no sabían por qué peleaban ni de qué lado estaban. Casi todos eran jóvenes inexpertos, a quienes les habían prometido una buena paga por sus servicios, o directamente los habían obligado a marchar a punta de pistola. Los ejércitos quedaban diezmados⁵ rápidamente, y muchas veces confrontaban a vecinos, parientes, compadres... en fin, hombres que terminaban

3 **Federales y unitarios:** fracciones políticas que surgieron en la Argentina a mediados del siglo XIX. Los federales luchaban por la descentralización del poder político (es decir, por la autonomía de cada provincia en particular), mientras que los unitarios pretendían que el poder se centralizara en Buenos Aires y que las demás provincias dependieran de ese poder central.

4 **Caudillo:** líder, cabecilla político.

5 **Diezmado:** con una gran cantidad de muertos, heridos o enfermos en el conjunto de los soldados.

luchando en contra de sus propios intereses, que eran los intereses de la sangre, del amor al hermano y al prójimo. Fue un tiempo en que los campos argentinos se tiñeron de sangre, las esposas se quedaron viudas y los hijos huérfanos.

Un día, María Antonia Deolinda Correa —que era su nombre completo— decidió que debía bautizar a su primogénito y, por eso, como lo hacía una vez al mes, esperó a que amaneciera, puso un manto alrededor de la cabecita del bebé y se lo llevó a la ciudad.

Baudilio le había pedido que esperara unas semanas más. Estaba preparando un envío de caballos a Mendoza y pensaba que podía acompañarla de camino. Pero Deolinda no era fácil de convencer cuando se le había puesto una idea en la cabeza.

Marido y mujer se despidieron en la entrada de la humilde finca. Como otras veces, se dieron un beso corto, sin estridencias, para imaginar en sus corazones que volverían a verse bien pronto.

A poco de haberse separado, ambos experimentaron el frío seco de un rayo que se clavaba en el horizonte. Pero eran jóvenes y sentían que nada malo podían pasarles, así que no hicieron caso y cada uno siguió su camino: Baudilio hacia el potrero;⁶ Deolinda rumbo a la casa de sus padres.

Apenas pasadas las doce, con el sol cayendo a pique sobre la huerta, Baudilio decidió entrar a comer algo y después echarse a dormir una siesta, con la esperanza de estar lleno de energía para emprender el trabajo de la tarde. En eso estaba cuando oyó

6 **Potrero:** lugar donde están los potros, o los caballos en general.

parece
atras
parece
incred
dent
Tabola

un bullicio de pájaros cerca. Giró la cabeza y le pareció distinguir el eco de unas cabalgaduras.⁷ Efectivamente, eran caballos los que se acercaban y, montados en ellos, varios hombres con uniforme militar.

El más viejo del grupo, un hombrón grueso y colorado, se apeó⁸ en la entrada de la finca y le gritó:

—Manda mi general que nos des animales, pertrechos,⁹ pesos fuertes¹⁰ y lo que sea que haya en la casa.

Baudilio se quedó atónito, desconcertado por la injusticia de esa orden. Recordó por un momento aquel rayo que le había congelado la sangre al despedirse de Deolinda, y en un arranque de furia dijo:

—¡Estos caballos no me pertenecen, y a muerte mía que no van a llevárselos así nomás!

El militar viejo, que era el principal del grupo, quizás tan solo un sargento, con los ojos inyectados de soberbia susurró tranquilamente:

—¿Y quién te creés que sos vos, mazorquero?¹¹

Baudilio hizo el ademán de sacar un facón¹² para defenderse, pero la verdad es que no tenía ni facón ni nada que lo defendiera,

7 **Cabalgadura:** animal que se puede montar o cabalgar. Caballo.

8 **Apear-se:** bajarse del caballo, desmontar.

9 **Pertrechos:** provisiones, víveres, comida y bebida para el viaje.

10 **Peso fuerte:** moneda que circuló por el territorio nacional en el siglo XIX.

11 **Mazorquero:** que pertenece a la Mazorca, nombre de una organización creada en 1833 por los partidarios de Juan Manuel de Rosas. Decirle a alguien “mazorquero” equivalía a tildarlo de federal.

12 **Facón:** cuchillo que usan los gauchos como herramienta de trabajo, para matar animales y cuerearlos, hacer tientos y trabajar el cuero. También servía como arma de defensa personal.

porque estaba trabajando. Tres soldados jóvenes lo rodearon y lo prendieron¹³ sin ninguna dificultad.

—Y ahora te venís con nosotros arrestado. Y tus caballos también —dijo el sargento.

Y se lo llevaron, junto con sus animales, rumbo a La Rioja.

La puerta de la casa quedó abierta, como una gran boca que quiere gritar pero no puede.

Deolinda volvía de la capilla con su hijito en brazos, recién bautizado. Estaba contenta, pero no quería retrasar su regreso a La Majadita, porque ya lo andaba extrañando mucho a su Baudilio. Se prometió que a la mañana siguiente, a primera hora, saldría para la finca, sin hacer caso a los ruegos de su hermana y de su padre, que le suplicaban que se quedara unos días más con ellos.

Esa noche fue fresca, cosa rara en San Juan a fines de la primavera. Un viento seco hizo chirriar los goznes¹⁴ de las ventanas y el bebé durmió inquieto.

A las cinco y media, con los primeros rayos del sol, golpeó la puerta el hijo más chico de la comadre¹⁵ de Deolinda. Estaba cubierto de sudor. Las gotas de transpiración se le mezclaban con las lágrimas:

—¡Se lo llevaron al Baudilio, señora! ¡Ayer se lo llevaron!

Toda la sangre se le agolpó en la cara a Deolinda.

—¿Se lo llevaron? ¿Quiénes se lo llevaron? ¿Adónde, Manuel?

13 **Prender:** tomar preso.

14 **Gozne:** herraje articulado con que se fijan las hojas de las puertas y ventanas al marco para que giren. Bisagra.

15 **Comadre:** madrina del hijo de una persona, amiga de mucha confianza.

prender
atras
parece
incred
dent
tahola

—La montonera.¹⁶ Creen que a La Rioja. Le han pegado porque se resistía, señora.

Fue tanta la desesperación que invadió a la joven esposa, que casi se olvidó de que tenía al hijo prendido a su cuerpo, amamantándose.

No sabía qué hacer.

Muchas ideas se le agolparon en la mente. Dejar el bebé al cuidado de su hermana y salir a buscar explicaciones. Ir hasta la finca y montar el mejor de los caballos para cruzar al galope la distancia que la separaba de Baudilio. Hasta pensó en quedarse en la casa de sus padres rezando mientras esperaba que volviera su esposo... Pero ella no era así. La única salida posible era ir tras la montonera y recuperar a su Baudilio. Tal vez, incluso, convertirse en una de esas mujeres que peleaban codo a codo junto a sus esposos. Pero separarse de él, nunca. Eso sí que no.

La empresa era difícil. No podía contarle a nadie su proyecto, ni siquiera a su propia familia, porque la hubieran desalentado o, peor aun, le hubieran prohibido partir, la hubieran encerrado por su propio bien.

Cerca de la casa de sus padres vivía un viejo sabio. Algunos lo tildaban de loco perdido, pero según la mayoría tenía el don de la videncia.¹⁷ Deolinda fue hacia él y le pidió consejo. El viejo le dijo:

—Escuchame bien lo que te voy a decir, m'hijita... Seguí el

16 **Montonera:** unidad militar de los jinetes gauchos que formaron los ejércitos provinciales en las guerras civiles argentinas.

17 **Videncia:** habilidad que se supone que poseen las personas que afirman que pueden predecir el futuro.

camino de los algarrobos hacia el este. Y llevate al hijo tuyo, porque si lo dejás acá, estás en peligro de que te lo tome de rehén¹⁸ la misma montonera para obligarte a volver. Y hasta puede ocurrir que te lo maten si lo dejás, Deolinda.

Una mujer joven, sana como era ella, no necesitaba mayores explicaciones para tomar la decisión. Volvió a cruzar el manto sobre la cabeza de su bebé, cargó consigo una botella con agua y se largó a caminar siguiendo el rumbo de los algarrobos. Siempre hacia el este, como le había aconsejado el viejo.

Al principio no le pareció difícil. Caminaba un par de horas y se detenía a descansar bajo los árboles copudos. En un brazo llevaba al hijo y en el otro la botella, que se iba vaciando y pensaba volver a llenar cuando se encontrara con alguna aguada¹⁹ de esas que cruzan el terreno de vez en cuando.

Pero, a medida que se internaba en la senda que iba hacia La Rioja, el terreno se volvía más seco, más polvoriento y más desnudo de vegetación. Los días eran cada vez más calurosos. Las noches, larguísimas y heladas. ¿Sería que aquel viejo la había engañado, o fue cosa de que el destino estaba en su contra? Lo cierto era que los algarrobos habían desaparecido ya, y en su lugar se veían arbustos bajos, pinchudos, del color amarillento de la arena. Y la tierra misma, a medida que sus pasos avanzaban, se iba volviendo clara, finita como la harina.

18 **Rehén:** persona capturada para obligar a otros a cumplir unas condiciones determinadas.

19 **Aguada:** aquí, lugar donde es posible hallar agua potable.

Y ella que seguía caminando, pero ya agotada y sintiendo un fuego que le quemaba los pies.

Así fue como Deolinda anduvo por el desierto sanjuanino varios días, con su bebé a cuestas y los zapatos destrozados. A veces se sentaba sobre una piedra y le cantaba una tonadita al crío, mientras él se le prendía a la teta.

—No soy como el tatita —le decía—. Él se pone a tocar la guitarra y vos te dormís. Conmigo no es igual.

Decía esto porque el bebé se quedaba como embelesado mirándola.

Y no era para menos: a pesar del calor y el polvo que se le pegaba en la cara, Deolinda estaba hermosa. Y la fuerza de voluntad, lejos de afearla, le imprimía una luz especial a sus gestos. Mientras la mirara, el hijo no iba a sentir los tremendos rigores del clima desértico que atravesaban juntos.

Pero nada es tan bueno como para durar eternamente. El contenido que Deolinda llevaba en su botella hacía tiempo que se había agotado. Tenía la esperanza de encontrar un río, o aunque más no fuese una quebrada²⁰ detrás de la cual se escondiera un hilo de agua fresca. Pero el agua no apareció. En vez de eso, el sol se fue poniendo más bravo, porque se acercaba el verano, y picó más y más, hasta que la pobre joven cayó al suelo y ya no volvió a levantarse.

20 **Quebrada:** parte donde el terreno se vuelve desparejo.



El sitio donde quedó tumbada estaba cerca de Vallecito, lugar de paso de arrieros que traficaban mulares²¹ y vacas hacia Chile. Marchando por esas tierras, unos paisanos²² oyeron el llanto desgarrador de un bebé. Les pareció extraño. ¿Era posible que hubiera un chico en ese lugar inhóspito? Aguzando el oído, llegaron al rastro donde yacía Deolinda, muerta hacía días, con el hijito todavía prendido al pecho. Los arrieros no dieron crédito a sus ojos cuando comprobaron que el bebé había sobrevivido amamantándose de su madre sin vida. Se apiadaron de él y lo alzaron. Luego cavaron una fosa para enterrar a la mujer. Como no sabían de quién se trataba, le revisaron las ropas y en el cuello le encontraron una medallita que decía “Mayor Correa”. Por eso fue que sobre la tumba de la joven pusieron una cruz de algarrobo, hecha como pudieron, en donde tallaron con la punta de un cuchillo el nombre: “Difunta Correa”.

Y ahí se quedó Deolinda, en ese desierto que sus fuerzas no habían podido derrotar; pero con el consuelo de haber salvado al fruto más maravilloso de su amor con Baudilio: el hijo tan amado.

Y dicen que, veinte años después de la muerte de Deolinda, un arriero llamado Zevallos trataba de cruzar por la zona sus treinta animales. Era una noche pesada, de esas que anuncian rayos espeluznantes y piedras de enorme granizo. Con el primer destello del cielo, las vacas de Zevallos se dispersaron y

21 **Mular:** tropa de mulas.

22 **Paisano:** aquí, persona que vive y trabaja en el campo.

desaparecieron entre las quebradas, como si se las hubiera tragado la tierra. Él se guareció bajo unas ramas, y allí pasó la noche más fiera de su vida.

Cuando amaneció y el cielo se abrió de golpe, el arriero comprendió que había perdido todo: no solo su fortuna, sino su buena fama, porque ya nadie le confiaría animales, visto y considerando que él no sabía cuidarlos. Se apoyó en un palo y empezó a llorar:

—¿Por qué me hacés esto, Dios? —preguntaba al cielo.

En eso, se dio cuenta de que no estaba apoyado contra un palo cualquiera, sino sobre una cruz que tenía grabada toscamente la leyenda: “Difunta Correa”. Creyéndolo una señal, o quizás porque ya no le quedaba otra esperanza, se arrodilló ahí mismo y rogó:

—Difunta Correa, devolveme mis animales y te levanto una capilla.

Al ponerse de pie oyó un mugido. Siguiendo ese sonido, tan familiar para él, se encontró, al final de la quebrada, con que todas sus vacas estaban juntas, masticando unos pastos duros que brotaban de entre las piedras.

Al año siguiente, Zevallos cumplió su promesa y erigió un templo sobre la tumba de Deolinda. El templo de la difunta Correa en Vallecito, provincia de San Juan.





EL FAMILIAR

La gente mayor de Cruz Alta cuenta que, desde que la niña Tere se hizo cargo del ingenio,¹ la empresa familiar se vino a pique. Lejos de lo que podría esperarse de alguien a quien llaman “niña”, la Teresita Di Salvo tiene casi ochenta años. Es menuda, con un rodete² blanco pegado a la nuca. No se parece en nada a su madre. Menos que menos al Payo Di Salvo, que fue su padre y el dueño del ingenio “La Creencia”.

Todo Cruz Alta la conoce, aunque ella no suele aparecerse en fiestas ni bautizos. La Tere vive sola, no tiene hermanos, ni sobrinos, ni perro que le ladre. Se ha quedado a vestir santos, a pesar de que tiene unos ojos celestes y soñadores, y ha sabido ser guapa de moza.

Los vecinos la saludan muy temprano cuando va camino al ingenio:

—Benditos los ojos que la ven, niña.

Pero por dentro piensan: “Pobrecita la Tere Di Salvo”.

Al Payo, en cambio, cuando era patrón y jefe, nadie osaba saludarlo.

1 **Ingenio:** hacienda con instalaciones para procesar la caña con el objeto de obtener azúcar, ron, alcohol y otros derivados.

2 **Rodete:** peinado que se hace trenzando el pelo y enrollándolo sobre sí mismo, dándole forma de rosca.

predecir
atras
parece
incred
dent
tahola

Había llegado de muy joven al puerto de Buenos Aires, con una valija de cartón y un sombrero aludo todo agujereado en la parte de adentro. No decía una palabra en español, salvo las que coincidían con las de su italiano natal. Se confundía el “chau” porteño con el “ciao”³ de su tierra. Tras que era soberbio y duro de carácter, le costaba horrores hacerse entender.

Le bastaron tres días en el Hotel de Inmigrantes⁴ para decidir su huida hacia una provincia del Norte. Dos paisanos⁵ que habían viajado con él en el mismo barco le contaron que estaban conchabados⁶ para trabajar en una zafra⁷ y, ni lento ni perezoso, el Payo se fue con ellos. Tomaron el tren en Retiro, una mañana helada de julio. Nunca se supo por qué, pero a mitad de camino, el Payo se separó de sus compañeros y se dirigió solo hacia Tucumán, viajando de colado en cuanto tren pudo abordar.

No tenía grandes virtudes imaginativas. Eso sí, era de fierro para el trabajo. Se instaló en Cruz Alta y enseguida lo tomaron como peón en una proveeduría⁸, porque no le daban miedo los esfuerzos y además era muy resuelto para despachar a los borrachos que se acercaban a pedir fiado. Al poco tiempo de trabajar

3 **Ciao:** en italiano, este saludo se emplea tanto cuando dos personas se encuentran como cuando se despiden.

4 **Hotel de Inmigrantes:** fue construido en 1906, en las inmediaciones del puerto de Buenos Aires, para recibir, prestar servicios, alojar y distribuir a los miles de inmigrantes que, procedentes de todo el mundo, arribaban a la Argentina.

5 **Paisano:** aquí, persona que es del mismo país que otra.

6 **Conchabado:** contratado como trabajador a sueldo.

7 **Zafra:** cosecha de la caña de azúcar.

8 **Proveeduría:** local típico de los ingenios, donde se vendía al peón comida y bebida, como también ropa o enseres. A veces el peón pagaba lo consumido con su sueldo. Otras, le anotaban la compra en una libreta, lo que frecuentemente lo mantenía en deuda con el dueño del ingenio.

allí, su cocoliche⁹ se fue alisando. No gastaba un peso de lo que ganaba trabajando todos los días de sol a sol. Se podía ver que tenía un objetivo, aunque nadie sabía cuál era.

Así, callado y serio, el Payo Di Salvo ahorró una buena suma y se fue derechito a pedir la mano de la hija de Hernández, el dueño del ingenio “Fe”, el más importante de Cruz Alta. La chica, que se llamaba Flora, ni siquiera lo conocía, pero la resolución de Di Salvo impactó al padre, tanto que pensó seriamente en la proposición y finalmente accedió a tomarlo como yerno.

La boda se celebró a todo trapo. Los vecinos de Cruz Alta no vieron con buenos ojos ese matrimonio, pero la fiesta prometía durar varios días, así que la mayoría de ellos optó por cerrar el pico y dedicarse a tomar y comer a gusto en la gran finca de los Hernández.

A los pocos meses, el Payo Di Salvo ya estaba trabajando en el ingenio, y no como un peón cualquiera, sino como mandamás del dueño. Así y todo, la confianza que había ganado no colmó sus expectativas. Al contrario, hizo que el muchacho aspirara a más: los años de duro trabajo en la proveeduría le habían enseñado que no quería ser empleado, sino patrón. Día y noche se la pasaba elucubrando¹⁰ planes para quedarse con la empresa de los Hernández que, a la sazón,¹¹ estaba en su momento de mayor prosperidad.

9 **Cocoliche:** jerga del español hablada por los inmigrantes italianos en la Argentina.

10 **Elucubrar:** planear, reflexionar sobre una estrategia posible.

11 **A la sazón:** en aquel tiempo.

Y con estos pensamientos andaba cuando, una tarde, en medio de una siesta calurosa, se topó con una culebra que cruzaba el patio polvoriento haciendo zigzag:

—Culebra, mala suerte, te voy a pisar —dijo.

Y la culebra, parándose derechita como una regla, le habló así:

—No me pises, Payito, que yo soy dueña de hacerte rico si me tratás bien.

El Payo no entendía nada. No era dado a la bebida ni mucho menos, así que no podían ser visiones. Se quedó quieto y volvió a decirle:

—Que te aplasto si no te mandás mudar, bicha.

La culebra, entonces, como por arte de magia, se tornó corpulenta. Creció, se puso de pie y era casi tan alta como él.

—Yo te puedo dar lo que tanto querés. ¿No sabés quién soy? El Familiar de este ingenio soy... y te digo que si se muere tu suegro te quedás dueño de todo. Vas a ver, me llevás con vos y yo te cuido para siempre.

El Payo se quedó mudo. El aspecto de la culebra era horrible: viscosa, negra, con los ojos amarillos y los dientes puntudos como cuchillos. Algo había oído hablar él de “El Familiar”, aunque nunca se le había cruzado por la cabeza que esas historias fueran de veras. Contaban los viejos que se trataba de una bestia hambrienta, con cuerpo de reptil, que se escondía en las casas de las más renombradas familias de Tucumán y que les ofrecía protección a cambio de vaya a saber qué tratos



diabólicos. El Payo sintió un tableteo¹² helado en la espalda, un miedo que nunca antes había experimentado, ni siquiera cuando el barco que lo traía de Italia estuvo a punto de hundirse. Pese al terror que no podía disimular, y porque se creía más guapo que el resto de los hombres, se mantuvo erguido frente al horrendo animal y le preguntó:

—¿Y qué querés que haga yo?

—Hagamos un pacto entre los dos: de ahora en más vos y yo vamos a ser familiares. Me vas a llevar al ingenio, y en una semana, todo será tuyo.

Casi ni tuvo que pensarlo el Payo Di Salvo. Era tanta su ambición, que el trato le pareció más que justo. Esperó a que la culebra tomara nuevamente su tamaño normal y se la metió en el bolsillo.

No habían pasado dos horas cuando el reptil entró en el ingenio “Fe” llevado por Di Salvo. Maldita la hora en que le hizo caso, porque ahí mismo empezaron las desgracias.

Efectivamente, a la semana del fatal encuentro, falleció don Hernández, pobre hombre, que la ligó sin comerla ni beberla. Los hermanos de Flora no quisieron heredar la empresa, ni siquiera en partes. Es más, se mudaron a otra ciudad y nunca más se los volvió a ver. Flora, que estaba embarazada, tuvo contracciones¹³ provocadas por la angustia y se le adelantó el

12 **Tableteo:** ruido que hacen las tablas cuando se chocan entre sí.

13 **Contracciones:** movimientos naturales del cuerpo de una embarazada, que originan el parto.

parto. Casi al mismo tiempo que moría su padre, dio a luz una hija sietemesina a la que llamó Teresita.

El Payo se volvió más hosco y brutal de lo que ya era. Los operarios del ingenio no entendían nada, porque Di Salvo era cruel, aprovechador, y ellos estaban acostumbrados a otra cosa. A medida que las ofensas se agravaban, la fábrica daba más réditos y se colocaba por encima de todas las demás empresas azucareras de Tucumán.

Cada tarde, el Payo Di Salvo bajaba al sótano que había bajo su oficina y vigilaba los movimientos de la culebra. Ella aparecía y desaparecía intermitentemente, siempre en su tamaño normal: el de una lombriz muy crecida. La segunda vez que esta le habló, le susurró estas palabras:

—Payo, atendeme bien lo que te voy a decir. Me vas a llamar Viborón y al ingenio le vas a poner “La Creencia”, porque si no creés en mí, se te acaba la fiesta.

El Payo hizo caso, y en un santiamén, cambió el nombre de la vieja empresa. Los asuntos del ingenio empezaron a funcionar sobre ruedas. El negocio crecía sin parar. Los obreros, por no perder el trabajo, hacían doble jornada. Ganaban poco y nada, aunque no se quejaban porque la situación estaba dura en Tucumán.

Pero bien dicen por ahí que hay que desconfiar cuando la limosna es grande. Y el Payo no desconfió. Así fue como una tarde la culebra se le apareció entre unos baúles y le dijo:

—Ahora traeme un peón, que me agarró el hambre.

—¿Un peón? ¿Y qué vas a hacer con un peón, Viborón? —le preguntó Di Salvo.

preca
atras
parece
incréd
dent
Tabola

La furia de la culebra ante esta pregunta fue tal que se hizo gigante como aquella vez en el patio y vociferó:

—¡Traeme lo que te pido, o te quedás en la calle!

Y así lo hizo el Payo Di Salvo, porque nada le daba más pavor que volver a ser pobre. Ladino como era, le pidió a un peoncito que lo acompañara al sótano y ahí nomás lo dejó encerrado.

Esa fue la primera vez que aquel peón vio al Viborón. Y también la última.

Los años fueron pasando. El Payo Di Salvo era cada vez más rico. Cuando la culebra le pedía carne al patrón, este llevaba al sótano algún chico nuevo. El pobre peoncito no salía más, pero tampoco nadie lo reclamaba. Generalmente, esos obreros que recién se iniciaban venían de otras provincias y no tenían gente conocida en Cruz Alta. Igualito a como le había pasado al Payo de joven...

Pero el Payo no era hierba buena. Su esposa nunca lo quiso, y con razón. Su hija, en cambio, creció teniéndole una especie de admiración, porque lo veía trabajar como un burro y quería ser como él.

A los seis años le dijo:

—Tata, yo quiero ser como usted, y manejar esta fábrica.

Es que a la Tere le encantaba el movimiento de los hombres yendo y viniendo, el ruido de las máquinas, y el olor de la caña recién quemada.

—Y lo va a ser —le respondió el Payo, aunque en su interior deseaba tener un hijo varón, porque él no confiaba en las mujeres.

Pasaron más años. La niña Tere creció y se hizo, además de adolescente, enamoradiza. Perseguía a los peones, les escribía poemas, a veces cantaba bagualitas¹⁴ cerca de la zafra para que la escucharan todos. Y la verdad es que a todos les gustaba la Tere, porque tenía un aire pícaro de niña rica, capaz de hacer cualquier locura con tal de molestar a su padre.

Lo cierto es que un día le picó el bichito del amor, y el afortunado fue un peón nuevo, rubio, de cachetes rojos como dos manzanas. Y hete aquí que su padre decidió que fuera justo ese muchacho el próximo alimento de Viborón, que andaba muerto de hambre tras meses y meses de falta de comida.

Existía poca, por no decir poquísima, comunicación entre el Payo Di Salvo y la niña Tere. Pero, por esas tontas esperanzas que tienen las jovencitas enamoradas, ella pensó que el Payo había intuido su amor por el peoncito rubio y como la quería tanto y, además, él mismo había vivido una historia similar con la que ahora era su esposa, seguramente se lo llevaba a un lugar más privado del ingenio para conversar sobre el próximo casamiento.

Teresita no era boba y estaba profundamente ilusionada; por eso decidió ir tras su padre y el peón hasta la oficina principal. Y cuando vio que bajaban al sótano, los siguió hasta la

14 **Baguala:** canto folclórico originario del noroeste argentino, que suele acompañarse con la caja como instrumento.

pre
a tras
parec
incred
dent
Tabola

puerta, en puntas de pie, muy silenciosa. Le pareció extraño que a los dos minutos de haber entrado, su padre saliera solo del sótano.

—Bueno —se dijo—, quizás fue a buscarme a mí para que hablemos los tres. ¡Qué sorpresa se va a llevar cuando me encuentre adentro!

Pero la sorpresa se la llevó ella, porque al entrar vio al peón aterrorizado contra una pared, pálido como si hubiera visto a un fantasma.

—¡Se ha ido, niña! ¡Se ha ido en cuanto entró usted! —gritó.

Teresita se quedó callada. ¿Podía ser que su padre infundiera tanto miedo? Este peón estaba realmente muerto de espanto.

—Vení conmigo, no seas tonto —le dijo al chico, que se había hecho pis encima del susto—. Mejor lo agarramos en su oficina.

El peón le dio la mano y avanzó con ella hacia la puerta, tembloroso como una hoja. En eso, una culebra negra, del tamaño de una lombriz crecida, se cruzó zigzagueando frente a ellos.

—¡Bicha mala! —dijo la niña Tere. Y le aplastó la cabeza sin meditarlo ni un segundo.

Por supuesto que Teresita Di Salvo nunca se casó con el peón rubio. Ni con ningún otro. Al mes del episodio en el sótano, los balances empezaron a dar mal en el ingenio “La Creencia” y, de tantos disgustos, el Payo Di Salvo se murió. El suceso fue un alivio para todo Cruz Alta, y hasta se hizo algún que otro festejo al que, naturalmente, la Tere no fue.

Endeudada y todo como estaba, la niña mantuvo siempre la empresa familiar: era su única herencia y su única casa. Nunca le encontró explicación a la desgracia de haberse vuelto pobre tan rápido. Pero tampoco supo que el milagro de que siguiera en pie el ingenio de su familia se debía exclusivamente a su bondad, porque ningún acreedor se animaba a cobrarle un centavo a una mujer tan buena y tan sola en la vida.



pre
ativa
parece
incréd
dent
tahola



SANTOS VEGA, PAYADOR

Los viejos camperos bonaerenses cuentan que Santos Vega pocas veces supo lo que era la felicidad. Según algunos, porque sus sueños eran muchos. Otros dicen que porque nació malhadado.¹

No se sabe dónde vino al mundo ni quiénes fueron sus padres. Eso sería mucho pedir para un hombre tan hecho a andar a caballo, rodando la pampa sin ataduras ni hogar. Lo que sí se sabe es que fue el más grande payador² de todos los tiempos y que ninguno pudo sacarle ese título. Ninguno que no fuera Juan Sin Ropa.

Pero vayamos al principio. De muy jovencito, Santos entró a trabajar como peón de estancia. Corría el año 1850 y la campaña³ bonaerense no era lo que es ahora. Habían pasado apenas cinco años desde que Richard Black Newton incorporara el alambrado para delimitar su campo, en las cercanías del río Samborombón.⁴ Antes de eso, no existía un límite material que separara las tierras de unos y otros, por lo que los arrieros iban de acá para allá, llevando animales para engordarlos con los

1 **Malhadado:** infeliz, desventurado.

2 **Payador:** cantor popular que, acompañándose con una guitarra y generalmente en contrapunto con otro, improvisa sobre temas variados.

3 **Campaña:** campo llano.

4 **Samborombón:** río de la provincia de Buenos Aires, perteneciente a la cuenca del Plata. Nace en el partido de San Vicente y desagua dos lagunas que se encuentran a medio camino entre las localidades de Cañuelas y San Vicente.

problemas
a través
parece
incredi-
blemente
fácil

mejores pastos sin importarles demasiado de quién era el terreno que usufructuaban. Pero, a partir del momento en que el hacendado británico cercó sus hectáreas,⁵ todo cambió. Los peones se asentaron, las cuentas se hicieron más claras y el gaucho,⁶ que estaba acostumbrado a la libertad de ir por donde se le daba la gana, empezó a ser perseguido bajo las acusaciones de cuatrero⁷ y ladrón.

Santos no conocía estos asuntos más que por lo que le contaban los empleados de la estancia. Lo que sí sabía era tratar a los caballos. Tenía una comunicación especial con estos animales, y así de mozo como era —alto, delgado y de brazos fibrosos como una parra—, no había potro que no se dejara montar por él. Su trabajo preferido era el de encerrar a la hacienda cuando caía la tarde. Se sentía enorme y valiente sobre su cabalgadura,⁸ pispeando a los perros que les cortaban camino a las vacas. A la noche, al costado del fogón, se abrazaba a su guitarra y rasgaba una zamba mirando las formas que las estrellas hacían en el cielo.

Lo que en realidad le pasaba a Santos, por entonces, era que estaba enamorado...

La hija del patrón tenía el pelo rubio, con unos bucles anchos que le bailaban sobre los hombros. A Santos le encantaba mirarla: le parecía que estaba cubierta de una lluvia de oro muy finita que se convertía en una especie de luz, sobre todo cuando

5 **Hectárea:** superficie que ocupa un cuadrado de 100 m de lado.

6 **Gaucho:** hombre de campo, experimentado en las tareas ganaderas tradicionales.

7 **Cuatrero:** ladrón de ganado.

8 **Cabalgadura:** animal que se puede cabalgar; caballo.

Mercedes —que así se llamaba la niña de la estancia— desayunaba en la veranda⁹ y el sol le jugueteaba en los cabellos como un pájaro hecho de chispas.

—No pensés en ella —le decían a Santos sus compañeros.

Pero, por más que él se esforzara por no imaginársela, a cada rato le venía a la mente su carita, su pelo, esa sonrisa a medias que Mercedes siempre tenía a flor de labios.

Hasta que, un día, la hija del patrón le habló. Y ese fue el día más feliz de la vida de Santos.

“¿Será que me quiere?”, pensó, ilusionado.

Su amor era tan grande que no medía las reacciones de los demás. En su corazón había un solo nombre, y en las noches heladas del campo, cuando volvía a su guitarra, las únicas letras que conjugaba eran las que forman la palabra “Mercedes”. No había zambita que Santos no le dedicara en silencio a su niña. No había cuerda que no tocara por ella. Y así se pasaba los días enteros, esperando a que la hija del patrón le diera una señal, un movimiento de mano que lo llamara, un susurro, aunque más no fuera; cualquier cosa que la acercara a él. A veces, pensando que ella podía estar viéndolo desde una ventana, montaba un potro bravo, sin espuelas ni rebenque, y pasaba cerca del casco,¹⁰ aunque era algo que el patrón detestaba que hiciera. La alegría de Santos era tan grande, de solo imaginar que Mercedes lo miraba, que no le importaba el reto del capataz que le gritaba con su vozarrón de chancho degollado:

9 **Veranda:** galería exterior de una casa.

10 **Casco:** espacio ocupado por las edificaciones centrales de una estancia.

pre
atras
parece
incrédi
dent
Tabola

—Dejate de traer acá el caballo, maula,¹¹ o la vas a pagar.

A Santos no le importaba tener que trabajar como un burro, con tal de poder ahorrar, porque su sueño era, en un futuro no demasiado lejano, pedir la mano de Mercedes. En eso pensaba día y noche, y juntaba una a una las chirolas¹² que le pagaba el patrón, para comprarle un anillo a su amada.

Lo cierto es que un día —una tarde, mejor dicho—, llegó desde el pueblo un sulky¹³ muy elegante, de esos que raras veces se veían por el campo, y se bajó de él un muchacho algo desgarbado,¹⁴ con el pelo blanco de tan rubio y unas cejas casi inexistentes. Lo raro fue que el mismísimo patrón, que nunca iba a recibir a nadie a la tranquera, salió de la casa con sus mejores galas y le dio un apretón de manos bastante largo al jovencito.

Los rumores de la peonada no tardaron en llegar a oídos de Santos:

—Es un pretendiente de la niña —dijo el mozo de cuadra.¹⁵

—Ma qué pretendiente —agregó el jardinero—. Es el prometido.

La desesperación de Santos se hizo notar enseguida.

—¿Cómo que es el prometido? —levantó la voz, con una mezcla de furia y tristeza.

—Te digo más: me ha llegao el chisme de que está la fecha y

11 **Maula:** despreciable.

12 **Chirola:** moneda de poco valor.

13 **Sulky:** pequeño carruaje, por lo general para uno o dos pasajeros, que se utiliza como forma de transporte rural.

14 **Desgarbado:** que es algo torpe en la manera de andar.

15 **Mozo de cuadra:** muchacho que cuida los caballos.

todo pa'l casorio —respondió el ayudante del mayordomo, y siguió diciendo muy contento—: ¡Buena bebida tendremos ese día!

Santos sintió que el corazón se le encogía de golpe. Nada de lo que estaba pasando podía ser real, pero cuánto le dolía... Se alejó del grupo y corrió hasta el potrero donde estaban los caballos sin ensillar. Montó a pelo¹⁶ a ese potro bravo que tanto quería, y galopó hacia el horizonte bañado de luz naranja.

A varios kilómetros de la estancia, lo alcanzó la noche. No había nada más que hacer. Sin Mercedes, su vida no valía absolutamente nada. Pensó en irse muy lejos, pero se acordó de que no llevaba abrigo, y de que su guitarra estaba todavía en la estancia. Entonces, desanduvo por última vez el camino hacia el lugar donde vivía su niña tan querida y, al amparo de la noche, buscó su guitarra, un recado,¹⁷ su viejo poncho, y se largó al camino otra vez, montado en ese potro que era rápido como una luz.

Pasaron los años. Santos Vega se convirtió en un gaucho de ley. Ya hombre, era tan mentada su fama con los caballos, que no había estanciero que no quisiera tenerlo en sus campos. Pero Santos no se dejaba seducir por las ofertas. Su corazón había cambiado. Ya no le interesaba ahorrar ni tener una casa. Lo único que quería era ser libre y recorrer la planicie de la pampa montado en su caballo.

Así iba pasando su vida y, a medida que aumentaba su notoriedad como jinete, también se hacía más grande su nombradía como payador.

16 **Montar a pelo:** montar el caballo sin ensillarlo.

17 **Recado:** conjunto de elementos necesarios para montar.

No había pulpería¹⁸ en toda la pampa en la que no se hablara de Santos Vega. Se decían muchas cosas de él: que estaba escapándose de la ley, que era hosco y solitario como un ogro, que había matado a su esposa... La gente no se ponía de acuerdo respecto de su vida pasada, pero había algo en lo que todos los paisanos concordaban: no había ningún payador como él.

A la hora menos pensada, Santos Vega aparecía en una pulpería. Pedía un vaso de caña¹⁹ y se quedaba sentado sin decir una palabra. Pero siempre había alguien, cualquiera que fuera un poco vivo, que lo reconocía y, agarrando una guitarra, payaba unos cuantos versos, como para provocarlo. Se sabía de sobra que ese gaucho no aguantaba un desafío semejante. En un abrir y cerrar de ojos, buscaba su guitarra, que era lo único que llevaba en el recado, y payaba contra el retador largas horas, sin importarle la caída del sol ni el amanecer que siempre se anunciaba con su lucecita amarillenta allá en el horizonte.

Las payadas de Santos Vega se hicieron famosas. Al competidor que lo desafiaba, le obligaba a pagar el trago si perdía, lo que pasaba irremediamente. Cuentan que las mujeres de todas las edades corrían a la pulpería cuando se enteraban de que había llegado el gaucho Santos Vega. Grandes y chicos lo escuchaban, embelesados por su inteligencia en los versos y esa voz tan particular que tenía, mezcla de melancolía y hombría de bien.

18 **Pulpería:** almacén y bar de campo.

19 **Caña:** bebida alcohólica típica de América, que se obtiene por destilación de la melaza de la caña de azúcar.



Así, Santos Vega —el gaucho, el jinete, el payador invencible— se ganaba la vida haciendo changas en alguna que otra estancia y recorriendo pulperías para despuntar el vicio. Su existencia, para él al menos, no valía más que eso. Estaba cansado. La tristeza y la soledad que le oprimían el corazón no podían ser más grandes. A veces, cuando nadie lo veía, se acordaba del cabello rubio de su Mercedes y lloraba como una criatura:

—¿Dónde estarás? —preguntaba.

Pero el único que lo oía era su potro, que bajaba la cabeza, quizás tan triste como él.

Lo raro fue que una noche, una de esas terribles noches de tormenta en el campo, mientras Santos tomaba su copa sentado en una pulpería cerca de Samborombón, entró un hombre de botas relucientes y sonrisa ancha como un piano.

—¿Vos sos Santos Vega? Tanto que te mentan por ahí... ¿Has traído tu guitarra? —le preguntó al gaucho.

Santos miró a su alrededor. Salvo el pulpero, que se había llevado flor de susto, no había nadie en el local.

—Sí soy. Y mi guitarra está conmigo —respondió Vega.

—Por si no te importa, te lo digo pa que vayas sabiendo: soy Juan Sin Ropa y vengo a bajarte el humo de payador —le dijo el recién llegado.

Pero Santos Vega no necesitaba que le dijera su nombre. Ya entendía quién era ese payador que lo desafiaba, porque el gaucho peinaba canas y sabía más por viejo que por zorro. Sin preguntar nada, porque nada tenía que preguntar, agarró su guitarra, que parecía estar esperándolo sobre una silla, y empezó a rasguear.

Por primera vez en su vida, Santos Vega payaba sin público. Y por primera vez, también, el desafiador que le tocaba en suerte estaba a su altura.

Fueron varias horas las que pasaron los dos contendientes respondiéndose uno al otro entre acorde y acorde.

Dicen quienes han oído sobre esas payadas interminables de Juan Sin Ropa, que eran tan buenas que parecían hechas por el mismísimo diablo.

Y dicen, también, que no fue que Santos Vega se hubiera dejado ganar, sino que estaba cansado de tanta vida, de tanto rodar de aquí para allá...

Cuentan esos viejos camperos que han oído de sus padres o de sus abuelos la anécdota, que antes de empezar la payada final, Juan Sin Ropa lo desafió feo a Vega:

—Has de venirte conmigo si perdés, gaucho.

Y que Vega aceptó con gusto, porque ya no daba más de cansancio en esta tierra.

Y perdió nomás. Perdió Santos Vega, payando contra el diablo. Una terrible noche de tormenta, de esas que arrecian sobre el campo.



pre
atras
parece
incréd
dent
Tabola



GUALICHO

Ñanku estaba molesto. Le parecía increíble que su mamá lo hubiera embaucado diciéndole que esta vez iba a ser diferente a todas las otras veces. “¿De nuevo lo mismo?”, pensó. “¡Este es el peor día de mi vida!”.

Y eso sí que era algo tremendo, porque ese día Ñanku cumplía doce años.

Primero cayeron las tías de su papá:

—Ay, aguiluchito, venga, deme un beso grandote —dijo la tía Ema, que parecía un gigante salido de un libro de cuentos, con bigotes y todo.

Al rato, llegaron los primos mayores: Carlos, Hugo y Pablo, que lo doblaban en edad.

—¿Por qué todos tienen nombres comunes, menos yo? —le había preguntado una vez Ñanku a su mamá.

Y ella, dándole la espalda porque estaba batiendo los huevos para hacer mayonesa, le había contestado:

—Porque nadie es tan especial como vos, aguiluchito mío.

Especial o no, Ñanku hubiera preferido llamarse Tomás o Juan o Pedro. Y que su fiesta de cumpleaños estuviera llena de chicos de su edad, y no de parientes mayores, a los que no veía casi nunca.

Todos los años pasaba lo mismo: como había nacido el 25 de diciembre, ningún amigo iba a su casa a saludarlo... Primero, porque era Navidad; y segundo, porque ya estaban de vacaciones.

parece
a tras
parece
incred
dent
Tabola

Esta vez su mamá le había prometido que iba a ser diferente y Ñanku, pobre incrédulo, se había ilusionado. Pero, para su desgracia, venía repitiéndose lo de todos los años, y a eso de las nueve de la noche estaba toda la parentela alrededor de la mesa comiendo asado y hablando de cosas de grandes.

Para un chico como él, era difícil imaginarse hacer algo en esa fiesta que no fuera mortalmente aburrido: cosas como alcanzarles servilletitas de papel a los invitados, llevar el salero desde una punta de la mesa hasta la otra, ir a buscar más pan a la bolsa que estaba en la cocina, o rellenar los vasos medio vacíos... Y lo peor era que, como en todos los cumpleaños, las velitas se soplaban al final, así que Ñanku tenía que resistir el sueño y la rabia, y quedarse por ahí hasta que todos terminaran de comer.

Pero este chico era inquieto (¡ay si lo era!), y tuvo una idea: si jugaba a correr por la casa como si fuera un caballo desbocado, seguro se iba a cansar. Y después, echado en el sillón sin dormirse, las horas iban a pasar más rápido.

Arrancó en la cocina:

—¿Qué hacés, *fochem*?¹ —le preguntó su mamá.

Pero Ñanku no le respondió.

Siguió por la sala, donde estaban los invitados, dele comer y tomar.

—¿Qué hacés, *pichi*?² —le preguntaron sus primos grandes. Y Ñanku siguió corriendo.

1 **Fochem**: en mapuche, hijito.

2 **Pichi**: en mapuche, chico.

Salió al patio. Rodeó la parrilla que todavía tenía brasas encendidas.

—¿Qué hace, m'hijo? —le preguntó su papá.

Y nada respondió Ñanku, porque él solamente quería cansarse.

Así estuvo, dando vueltas por todas partes, sin decir una palabra, hasta que el corazón empezó a marcharle fuerte como una locomotora y se quedó sin aire. Entonces aminoró el paso, se acercó a la mesa y de un trago se tomó lo que había en un vaso, que parecía agua.

Le costó bastante llegar hasta el sillón. A duras penas pudo sentarse, y eso que todos decían que Ñanku era incansable. Desde esa posición estratégica, y sin que nadie reparara en él, empezó a oír lo que hablaban los mayores.

Su tía Ema era la que tenía la voz más finita. Parecía que ese timbre tan particular, estridente como el ruido que hacen las uñas al rayar un pizarrón, era proporcional a su inmenso tamaño. Sobre la música de fondo, Ñanku la oyó decir:

—Esta vez, por suerte, Gualicho nos dejó tranquilos.

—No lo nombre, tía, no sea atrevida. A ver si viene ahora y nos arruina la fiesta —la reprendió la mamá de Ñanku.

Hablaban entre ellas mirando hacia todos lados, como si quisieran evitar que un visitante invisible las escuchara... O, más bien, como si Ñanku no supiera quién era ese tal Gualicho. Pero Ñanku, que no era ningún caído del catre, cumplía doce años ese mismísimo día, y ya desde los diez sabía de sobra que el Gualicho se colaba en las fiestas familiares para sembrar la discordia

entre la parentela. De todas formas, él estaba sumido en sus pensamientos, algo triste todavía, pero con un sopor repentino que le nublaba la vista.

En eso, uno de sus primos levantó la voz:

—¿*Ineypeychi may*³ el que se tomó mi chicha?⁴

Todos se quedaron silenciosos.

—¿Les ha comido la lengua el puma?⁵ —siguió diciendo el muchachón, enojado como si le hubieran robado la mitad de sus pertenencias.

—Tranquilo, sobrino, que ha de ser un *kalku*⁶ —respondió el papá de Ñanku—. Vaya y sírvase otro vaso.

—¡Que no! —siguió gritando el primo—. No me muevo de aquí hasta saber quién se tomó mi chicha.

Ñanku quiso levantarse del sillón. Todo ese griterío comenzaba a darle un poco de miedo. Tenía ganas de salir al patio a tomar aire, porque le parecía que la mesa se movía de un lado al otro como un bote en medio de la tormenta, y que el sillón estaba a punto de levantar vuelo. Lo cierto es que no pudo mover ni un dedo. Los parientes, en cambio, empezaron a ofuscarse cada vez más.

—¡Vaya a hacer lío a otro lado! —le ordenó la tía Ema al primo.

3 *¿Ineypeychi may...?:* en mapuche, “¿quién será...?”.

4 **Chicha:** bebida alcohólica, derivada principalmente de la fermentación del maíz.

5 **Puma:** gran felino originario de América, llamado también “león de montaña”, o “pantera”.

6 **Kalku:** en mapuche, brujo, hechicero.



—Eso, vayasé, *küngefe*⁷ —le dio la razón la tía Margarita, que no era tan gigantesca como Ema, pero igual tenía la voz finita como el aserrín.

En un abrir y cerrar de ojos, la fiesta de cumpleaños de Ñanku se convirtió en una batalla campal. Los primos despotricaban contra las tías, las tías se defendían entre ellas, la mamá de Ñanku pedía a los gritos que se callaran todos, y el papá seguía trayendo tira de asado, mientras murmuraba:

—Vamos, que se enfría. *Ilo*⁸ fría ¿quién va a querer, después?

Así estuvieron hasta las dos de la mañana o un poco más. Ñanku se perdió la mitad de la discusión, porque se quedó dormido como un angelito, sentado en el sillón.

Por un lado, mejor que le vino el sueño, porque al final volaban los platos por el aire. Lo peor fue cuando a la tía Ema se le enganchó un anillo con el mantel y tiró toda la vajilla por los aires. Ni con todo ese batifondo se despertó Ñanku.

A la mañana siguiente, la mamá lo despertó acariciándole la cabeza.

—Vamos, dormilón —le dijo—, ya sos todo un *üñam*.⁹ Doce años es un montón, y ya es hora de que sepas por qué te pusimos el nombre que te pusimos.

Ñanku se restregó los ojos como para escuchar con mayor atención lo que iba a decir su mamá.

7 *Küngefe*: en mapuche, envidioso.

8 *Ilo*: en mapuche, carne.

9 *Üñam*: en mapuche, muchacho, joven.

—Antes de que vos nacieras, no había fiesta en la familia que no terminara mal. Gualicho nunca faltaba. Nos armaba peleas feas... Que si vos me dijiste esto, o que si vos me sacaste aquello otro. Terminábamos todos enojados y no nos hablábamos por meses. Cuando naciste vos, algo mágico pasó, porque sentí que nos ibas a defender de todo lo malo. Por eso te pusimos un nombre que significa “águila”, para que con tu presencia mantuvieras alejado a Gualicho de la familia. ¡Y fijate qué bien lo hiciste, que por doce años Gualicho no volvió...! Pero no hay dicha que dure para siempre, ayer se apareció de nuevo y nos jugó una mala pasada.

Ñanku se quedó perplejo. Al oír a su mamá, se dio cuenta de que no era tan importante que no le festejaran el cumpleaños con sus amigos. Ni siquiera le molestaba que no le hubiesen avisado para soplar las velitas: esas eran cosas de chicos, y él no era ningún chico. Él ya era todo un hombre. Tenía la valentía y la fuerza del águila en su interior, seguro que sí. Su mamá lo estaba diciendo. Ahora sabía que su nombre era poderoso y que había surtido efecto por muchos años. ¿Cómo no iba a hacer él que esa fuerza durara mucho más?

Su mamá, que lo conocía como solamente una madre conoce a su hijo, lo abrazó fuerte. Pero, ¡qué cosa rara!, esta vez no lo llamó “Aguiluchito”, como hacía siempre. Seguramente sería porque Ñanku había crecido de golpe esa mañana.

Así, sin darse cuenta, en un día nada más, Ñanku se había convertido en adulto. Claro que nadie le dijo que él, creyendo que era agua, había tomado la chicha del vaso de su primo grande. De todas maneras, ahora sabía que tenía una misión muy importante: mantener lejos de su familia al Gualicho. Como el *ñanku* que vigila desde la cumbre más alta de los Andes.

preca
atras
parece
incrédi
dent
tahola



EL POMBERO

Eran las doce del mediodía en Caá Catí.¹ Romildo le palmeó el hombro a don José y atravesó el umbral de la ferretería rumbo a su casa. No veía la hora de llegar. El patrón era un buen hombre, generoso cuando podía, pero se había vuelto viejo y estaba enfermo, por lo que las tareas más pesadas le tocaban exclusivamente a Romildo. No era cuestión de atender a los clientes, nada más: eso hubiera sido fácil... Había que mover cajones de herramientas, desenrollar alambres gruesos como palos de escoba, usar la morsa.² Romildo se deslomaba trabajando. El único momento de felicidad que tenía en toda la mañana era cuando veía en el reloj que las agujitas se iban a juntar en el número 12. Entonces, como un nene que escucha el timbre del recreo, apretaba el puño debajo del mostrador y decía:

—¡Vamos!

Porque, si había algo en la vida que le gustaba a Romildo, ese algo era dormir la siesta.

Tenía que caminar dos cuadras hasta su casa. Esos doscientos metros se le habían hecho interminables desde el mismísimo

-
- 1 **Caá Catí:** ciudad del norte de la provincia de Corrientes, capital del departamento de General Paz. En guaraní, el nombre significa “monte de olor pesado”, debido a la intensa fragancia que sintieron los conquistadores al llegar al lugar.
 - 2 **Morsa:** instrumento que sirve para sujetar piezas que se trabajan en carpintería y herrería, compuesto de dos brazos paralelos unidos por un tornillo sin fin que, al girar, los acerca.

parece
a través
parece
incred
dent
tabola

momento en que su mujer le había contado lo que hacía el Pombero mientras él estaba trabajando.

—Se sube a la mesa, me tira al piso el florero. Después va al baño y deja abiertas las cañillas. ¡Válgame el cielo! A veces me desarma el tejido, o me llena los vasos con harina de mandioca, o mezcla los huevos blancos con los marrones. Ya no sé qué hacer... ¡Va a volverme loca!

Todos sabían quién era el Pombero, aunque nadie lo había visto nunca... Ni siquiera la esposa de Romildo, que no paraba de quejarse de los desastres que le hacía.

Los más viejos del pueblo decían que tenía pies largos y dados vuelta para atrás, para que nadie pudiera seguirle el rastro. Que tenía cejas peludas y ojos chatos, igual que los de un sapo. Que no medía más de un metro. Que se dejaba crecer la barba larguísima para usarla a modo de ropa. Algunos aseguraban que vivía en el monte y era el guardián de todos los pájaros. Otros afirmaban que andaba por las calles de Caá Catí a la hora de la siesta, persiguiendo a los chicos que no querían dormir para dejarlos medio tontos... Ah, *tekove vai, kururu ñembo'y*.³

Lo cierto es que, más allá de todo lo que se contaba sobre él, el Pombero la tenía loca a la esposa de Romildo. Y ella lo tenía loco a Romildo con la eterna cantinela de que si el Pombero le hacía esto o le hacía aquello otro...

3 **Tekove vai, kururu ñembo'y**: frase en guaraní que quiere decir “persona fea como sapo parado”.

Más que por un acto de justicia, Romildo quería agarrar al Pombero para que su mujer se dejara de impacientarlo con tanto reclamo. El pobre se levantaba a las cinco de la mañana, abría la ferretería, trabajaba como un burro hasta las doce. Don José era considerado: le daba tiempo para comer y echarse un rato al mediodía, pero le tenía recomendado que volviera a las cuatro; y ahí estaba él, firme como rulo de estatua, para seguir trabajando.

Su esposa, que de joven había sido amable y delgadita como un mimbre,⁴ con el tiempo se había vuelto una mujer enojadiza y vaga, que no tenía mayores inquietudes que las de llenarle la cabeza a Romildo con protestas y lloriqueos.

Esa tarde, Romildo estaba decidido a cantarle las cuarenta al Pombero. Pero para eso tenía que resistir la tentación del sueño, lo que le iba a costar un Perú,⁵ porque llegaba agotado a su casa, y apenas terminaba de comer, caía en la cama como una bolsa de papas.

—Hoy no duermo —le dijo a su esposa cuando llegó—. Prepárame algo liviano, que como acá en el sillón.

La mujer lo miró entre sorprendida y desconfiada.

—¿Ah, sí? Que el señor coma donde quiera, pues... Total, no importa si una le preparó la mesa en la cocina. Ah, ¡varones! —dijo, poniendo una voz tan finita que molestaba—, se creen los dueños del mundo...

4 **Mimbres:** cada una de las varitas correosas y flexibles que produce el arbusto llamado mimbrera.

5 **Costar un Perú:** costar mucho. La frase, que se remonta a la época colonial, hace referencia a las riquezas que encontraron los conquistadores en las tierras de Perú.

pre
a tras
parece
incred
dent
tabola

La vio ir hasta la cocina y volver con un plato de mbaypú⁶ mientras arrastraba los pies.

—Ahí tenés —le dijo ella con cara de pocos amigos—. Que te aproveche.

El mbaypú estaba frío y un poco duro. Romildo miró al techo y vio que una mancha de humedad se había agrandado. ¿Dónde habían ido a parar sus sueños de juventud? Se sentía cansado, le dolían las manos, y olía a óxido por todos lados.

Se metió en la boca un trozo de carne. Le faltaba sal. Giró la cabeza hacia la cocina para ir a buscar el salero y, en eso, sintió un resoplido en el cuello.

—¿Me buscabas? —le dijo una voz rasposa y gruesa como la de un ogro.

Cuál no fue la sorpresa de Romildo cuando vio, parado sobre la mesa, a un hombrecito peludo, de dientes blanquísimos y largos, con unos pies enormes, pero dados vuelta, como para caminar al revés.

—¿Sos el Pombero? —preguntó con un hilito de voz.

—¡A né!⁷ —dijo el otro riéndose—. ¿Querías que fuese tu esposa?

Romildo, por puro impulso, le tiró un manotazo, pero el enano se corrió.

6 **Mbaypú:** comida típica de Corrientes, que se prepara con pollo, carne roja o choclo, y harina de maíz. Se fríen cebollas y morrones, condimentados con perejil y orégano, y se añade la carne elegida, o el choclo rallado. Luego se agrega agua caliente y se incorpora la harina de maíz hasta formar una especie de polenta.

7 **A né:** locución en guaraní que significa “cómo que no”; se utiliza para reforzar algo con lo que se cuenta de antemano.



—¡Ja ja, creí que me tenías julepe!⁸ —le gritó y pegó un salto para caer sobre el aparador, que estaba lleno de adornitos y baratijas, tan espantosas como frágiles.

—¡Bajate, *yurú* palangana,⁹ que te casco! —dijo Romildo enojadísimo—. A mí no me vas a asustar, ¿eh?

—¿A que no? —preguntó burlón el Pombero—. ¿Y si te tiro al suelo este florerito de vidrio?

—Que no, tape,¹⁰ que no me asustás —repuso Romildo.

No quería saber nada con esas amenazas porque, de todas formas, él odiaba las chucherías¹¹ que juntaba su mujer en la casa: bichitos de porcelana, zapatos transparentes, alhajeros mal pintados.

El Pombero, astuto a más no poder y lleno de furia porque veía que Romildo no le tenía miedo, se le arrojó encima y empezó a morderle las orejas. Sus dientes eran puntiagudos como prendedores de abuela. ¡Si parecía un perro rabioso, de la saña que tenía!

—¡Dejame, pues, diablo! —gritaba Romildo, pero el otro no le hacía caso—. ¡Largame el cuello, que duele! —volvía a decir, desesperado.

En eso, sintió un coscorrón en la cabeza.

—¡Qué buena vida se da el señor! —alcanzó a oír.

Era la inconfundible voz de su esposa. Estaba de pie frente

8 **Julepe:** miedo.

9 **Yurú palangana:** calificativo que se utiliza para indicar que alguien tiene la boca muy grande. *Yurú*, en guaraní, significa “boca”.

10 **Tape:** de poca altura, petiso.

11 **Chuchería:** baratija, adorno sin valor económico significativo.

a él, en chinelas, y lo miraba de brazos cruzados como una vieja malhumorada.

—¿No ves que son casi las cuatro? ¿Qué querés? ¿Acabarle la paciencia a don José y que te eche? Habrase visto, lo último que nos falta. Mándese a mudar¹² a la ferretería —le ordenó—. *Ate`y opa mboriahúpe.*¹³

Ni a lavarse la cara alcanzó Romildo. Su esposa tenía razón: eran casi las cuatro. Salió apurado; poco más que corría. En la puerta de la ferretería se dio cuenta de que tenía los zapatos puestos al revés. “Con razón me cuesta tanto caminar”, pensó. El pie izquierdo estaba metido en el zapato derecho y el derecho, en el zapato izquierdo.

Y entonces se paró en seco, como si hubiese visto una aparición.¹⁴ Se rascó la cabeza: “¡Pero si yo no me saqué los zapatos en casa!”, se dijo. La cara se le puso blanca como un papel.

—¿Otra vez el Pombero? —le preguntó don José al verle la expresión—. ¿Por qué no le dejás cigarro, así no te molesta más?

Al fin y al cabo, el sueño no había sido tan sueño. Y, una vez más, el Pombero había aprovechado la hora de la siesta para hacer de las suyas.



12 **Mandarse a mudar:** irse.

13 **Ate`y opa mboriahúpe:** frase en guaraní que quiere decir “la pereza termina en pobreza”.

14 **Aparición:** fantasma.



COQUENA

Antonio, que jamás había estado en Jujuy, heredó un campo en Cochinoca,¹ propiedad de un tío lejano.

Averiguó en Buenos Aires si podía darle alguna utilidad, porque le parecía una barbaridad venderlo sin siquiera saber de qué se trataba el asunto. Los agentes inmobiliarios le aconsejaron que viajara y conociera el lugar antes de tomar cualquier decisión.

Así fue como Antonio, que rara vez hacía viajes de larga distancia, se subió a un ómnibus de La Veloz del Norte en la terminal de Retiro y llegó a San Salvador,² una mañana de febrero. Hacía tanto calor que el sol rajaba la tierra.

No le costó mucho conseguir servicio hasta Cochinoca, a pesar de que era bastante temeroso por naturaleza. Sentado en la primera butaca del colectivo destartalado que lo llevaría a su campo, pensó: “¿Qué hago acá? ¿Por qué vine?”. Porque Antonio nunca había hecho nada por él mismo. No tenía hijos, no tenía esposa. No sabía lo que era una salida con amigos, ni el rodar de una pelota en una cancha de fútbol. Nadie lo llamaba y tampoco él llamaba a nadie. Trabajaba solo, en una oficina húmeda y mal iluminada, archivando papeles

1 **Cochinoca:** municipio de la provincia de Jujuy, perteneciente al departamento del mismo nombre.

2 **San Salvador:** ciudad capital de la provincia de Jujuy.

pre
atras
parece
incred
dent
Tabola

todo el día. Por primera vez, desde que tenía memoria, le tocaba vivir algo que se parecía a una aventura. ¿No era digna de festejo semejante noticia?

Un paisano lo guió hasta la tranquera.³ Al llegar, Antonio se preguntó: “¿Para qué pusieron estos alambrados, si acá no hay nada que robar?”. La casa que había heredado era un ranchito miserable; y el campo, una enorme extensión de tierra seca como el yeso, donde de vez en cuando asomaba el cerro y una mata de cardos con florcitas azules.

—¿Estai queriendo un hospedaje, vos? —le dijo el paisano mirándolo de reajo—. Hay uno no tan ahicito. Retiradito queda, señor.

Pero como ese “retiradito” equivalía a varios kilómetros, Antonio decidió que iba a quedarse a pasar unos días ahí mismo, en el rancho. Tampoco debía ser tan terrible.

Esa noche heló. Y la mañana amaneció espléndida, anunciando el calor tremendo que llegaría de un momento a otro, con el recorrido del sol hacia el oeste.

Antonio se calzó sus botas, se encasquetó un sombrero que encontró colgado en la pieza, y salió a caminar por la extensión interminable de sus tierras. Tan iguales eran los pastos, tan parecidas las piedras, incluso el color del cerro era tan idéntico en todo momento, que al rato de andar le pareció que estaba perdido. Y quizás lo estaba, pero se calmó al ver una manadita de

3 **Tranquera:** especie de puerta rústica en un alambrado, hecha generalmente con palos gruesos.

vicuñas⁴ tomando agua a orillas de una laguna. “¿Será mía esa laguna?”, se preguntó.

—Sí lo es, señor —le respondió una voz a sus espaldas.

Antonio, sorprendido porque no se había dado cuenta antes de la presencia de alguien más, giró sobre los talones con torpeza. El asombro fue aun más grande cuando vio que quien le había hablado era un chico, de entre ocho y diez años, con chullo⁵ de colores, poncho puyo⁶ y ojotas de suela.

—Tuyas son todas las vicuñitas, pu’, señor —siguió diciendo el chico, que tenía carita de cholo.⁷

—Ah, bien —respondió Antonio.

Después de todo, le pareció lógico que un chico de por ahí cerca se ganara la vida cuidando vicuñas. Caminaron juntos unos metros, acercándose a los animales.

—Son lindas, ¿eh? —susurró Antonio para no asustarlas.

—Ni poco, señor, son buenas además —le respondió el chico cambiando el acullico⁸ de una mejilla a otra.

A Antonio, aquel paseo de exploración empezaba a parecerle algo maravilloso: sus tierras eran inmensas, las bañaba una laguna, era propietario de esos ágiles animalitos...

4 **Vicuña:** mamífero rumiante cuyo cuerpo está cubierto de un pelo largo y fino de color amarillento rojizo, capaz de admitir todo género de tintes. Vive salvaje en manadas en los Andes del Perú y de Bolivia, y también en el noroeste de la Argentina. Se lo caza para aprovechar su vellón, que es muy apreciado.

5 **Chullo:** gorro de lana con orejeras, típico del área andina.

6 **Poncho puyo:** especie de manta de forma cuadrada y de tejido grueso, que puede tener entre 1 y 1,40 m de lado.

7 **Cholo:** mestizo de sangre europea e indígena.

8 **Acullico:** pequeña bola hecha con hojas de coca, que se tiene en el interior de la boca, entre la mejilla y la mandíbula, para disminuir los efectos de la escasez de oxígeno en las grandes alturas de la puna.

parece
atras
parece
incred
dent
tahola

¿Quién lo hubiera dicho? Y ahí estaba ese cholo que se ocupaba de ellos. “¿Y si me mudara a Cochino?” pensó.

—Lindo sería, señor —respondió el chico—. Porque, ¿sabís?, tu tío ya viejo no cuidaba las vicuñitas y unos malandras de por acá les hacían hechurías.

Antonio se quitó el sombrero y se rascó la cabeza. Miró a su vecino muy serio. Le preguntó:

—¿Hechurías?

—Con la honda, señor. De esas para voltear chingolos⁹ y llamas¹⁰ y vicuñas, también.

El sol se había puesto muy fuerte. Debían ser las diez de la mañana. Era extraño, pero las vicuñas, que suelen asustarse de nada y correr a diestra y siniestra si oyen al humano cerca, seguían tomando agua de lo más tranquilas.

—Parece que te conocieran —le dijo Antonio al chico.

—Parece, sí, señor. Ni que lo digas.

Ahora todo iba cambiando. De a poco, al mirar hacia el cerro, Antonio descubrió un tono rojizo en la falda que antes no había visto. Un poco más acá, le llamó la atención la forma puntuda de una rama seca que colgaba del palo blanco.¹¹ Siguió con la vista el horizonte y se sorprendió de encontrar al fondo un alambrado y un jacarandá florecido. Bajó la mirada. Su sombra era casi inexistente: ya se había hecho el mediodía...

9 **Chingolo:** pájaro de canto muy melodioso y color pardo rojizo, con copete.

10 **Llama:** mamífero rumiante parecido al guanaco, característico de América del Sur.

11 **Palo blanco:** árbol de unos 30 metros de altura, de tronco recto y hojas caducas de color verde oscuro. Nativo del noroeste argentino, puede hallarse hasta los 900 metros sobre el nivel del mar.



Un chiflón¹² de pico largo se metió de golpe en la laguna y salpicó por todas partes alrededor. Las vicuñas corrieron en estampida, asustadas, las pobres.

—¿Viste eso? —le preguntó Antonio al chico, pensando que todavía estaba a su lado.

Pero no, el chico se había ido.

“Así son acá”, pensó Antonio. “Cuánto me falta aprender”.

Y sintiéndose feliz por como hacía muchísimo que no se sentía, volvió al rancho a comer algo.

Esa noche fue igual de helada que la anterior. Pero, eso sí, tanta ansiedad sentía Antonio por hacer cosas, que le pareció mucho más corta. Lo primero que pensó cuando se despertó, fue que tenía que ir al pueblo a comprar unas cuantas provisiones para su nuevo hogar. No se le iba de la cabeza la idea de quedarse en Cochino. Muy por el contrario: cada vez estaba más entusiasmado con esa posibilidad.

Hizo a pie el trayecto hasta el almacén, el único que había visto al llegar el día anterior. Entró muy respetuoso para que se formaran de él una buena imagen, y le pidió al empleado que le vendiera carne, pan, sal y vino.

—¿Y un ponchito, no? —preguntó el hombre.

—Sí —respondió Antonio—, deme también un poncho.

Los estantes de ese negocio parecían un mundo de cosas variadas: había latas de conserva, botellas con diferentes bebidas, género, harina, cajitas de cartón... en fin, de todo.

12 **Chiflón:** pájaro del noroeste argentino, de canto aflautado.

—Entonces vais a querer sardinitas, quesitos y bollos,¹³ que sí hay —siguió el empleado, con ansias de vender a toda costa.

Pero Antonio no quería sardinas. Se quedó pensando un minuto. Quería comprar algo más. Nada de quesito, ni bollos...

—Deme un dulce, señor —pidió.

—Turrón hay —respondió el otro rápido como un rayo, y siguió diciéndole, porque quería vender más—: ¿Para su chango,¹⁴ pu'?

—No —se apuró a responder Antonio, un poco desconcertado por la pregunta—. Yo no tengo hijos.

—¡Ah! —exclamó el empleado, temiendo que se le fuera un comprador por la imprudencia—. Es que dulces comen los changuitos, pu'.

Antonio bajó la cabeza un poco avergonzado y murmuró:

—No se preocupe. El turrón es para el chico que me cuida las vicuñas.

Al escuchar tal cosa, el empleado de la proveeduría abrió los ojos como dos platos.

—¿Y quién i ese chango? —preguntó, entre incrédulo y curioso.

Antonio volvió a levantar la cabeza para verle la cara al vendedor. Después de todo, lo seguiría viendo por muchos años, si es que se mudaba a Cochinoca.

—El vecino, ese chico de ojotas, poncho y gorro orejudo —dijo, tratando de explicarle.

13 **Bollo:** pieza esponjosa hecha con masa de harina y agua y cocida al horno; a la masa frecuentemente se le agregan leche, manteca, huevos, y otros ingredientes.

14 **Chango:** en el noroeste de la Argentina, chico, muchacho.

El empleado contuvo una carcajada y con el esfuerzo se le pusieron las mejillas rojas como dos tomates.

—Ese que vio, señor, no es ningún vecino, pu'. En Cochino no hay changuitos. Usté ha visto a Coquena. Tome bollo que está lindito, patrón.

—Pero ¿cómo? —preguntó Antonio—. ¿Usted me dice que no hay chicos en Cochino?

—Que no hay. Bollos hay, señor. Changos, no. Coquena cuida a sus vicuñitas desde que ha muerto el viejo que era dueño de ese campo suyo. Coquena no es un chango, señor, es un espíritu que guarda a los animalitos. ¡Velay,¹⁵ señor! ¡Suerte tuvo de haberlo visto!

Antonio juntó la mercadería apurado. Le daba vergüenza que pensarán que tenía alucinaciones. Pagó con un billete ajado y se dirigió hacia la puerta pensando: “¿Es posible...? ¡Era tan real!”.

—Ya sabe, patrón —siguió hablándole el vendedor—. Encargue harina, quesitos, café, que aquí le espero, pu'.

Antonio hizo el viaje de vuelta a su campo con los pies cansados de tanta piedra y polvo. En todo momento pensaba y pensaba: “¿Es posible...? ¡Era tan real!”.

Cuando llegó a la tranquera, miró hacia el lado del cerro y le pareció ver a un chico que corría detrás de las vicuñas.

15 **Velay**: interjección que se usa para dar a entender admiración o asombro, o para confirmar algo.

Atravesó la entrada con ímpetu, anduvo unos pasos más, y gritó haciéndose bocina con las manos en la boca, para que el otro lo oyera:

—¡Traje turrón, Coquena! ¡Turroncito para vos y para mí!





EL GAUCHITO GIL

Allá por 1870, las cosas estaban difíciles en estas tierras. En Pay Ubre,¹ como en tantos otros pueblos, la deserción se pagaba cara. Eran años muy peliagudos, de fieras luchas entre hermanos. Los rojos pretendían que Corrientes fuera una región autónoma y los celestes, en cambio, buscaban asociarse con Buenos Aires, que era la provincia más poderosa del país.

Lo cierto es que los paisanos se hallaban en medio de una guerra sangrienta. Por lo común, ellos no veían con buenos ojos ese enfrentamiento. Sin embargo, preferían obedecer las órdenes del caudillo que les tocaba en suerte, porque sabían que, si se negaban, los iban a encarcelar. Incluso se decía que a algunos que se habían negado a tomar las armas, los habían fusilado por traidores.

Antonio Gil, como tantos otros, no estaba de acuerdo con la guerra. Siempre había vivido en ese pueblo, que era la felicidad de su corazón. Conocía los atardeceres de Pay Ubre como la palma de su mano y los consideraba los más hermosos del mundo. ¿Y el río...? Turbulento, algunas veces; calmo, otras; pero siempre generoso, dándoles frescura a los veranos y consuelo a los inviernos.

1 **Pay Ubre:** antiguo pueblo enclavado en el centro de la provincia de Corrientes; en la actualidad, pertenece al municipio de Mercedes.

predica
a través
parece
incred
dent
Tabola

Como todo gaucho de ley, Antonio se dedicaba a los animales. Los cuidaba con esmero, llevándolos de tierra en tierra para que tuvieran los mejores pastos, el agua más fresca de todas. Porque, en cada ser viviente, este hombre veía a un hermano y no a un enemigo.

Cuando llegó la carta que ordenaba su alistamiento en las filas de los celestes, Antonio sintió que toda esa felicidad se le escapaba como el agua entre los dedos. ¿Cómo podía ser que lo llamaran a pelear? Él no era violento. Ni siquiera sabía que el cuchillo tuviera otro uso que el de trabajar el cuero. Además, si bien nunca se había mezclado en esas cosas de la política, simpatizaba con los rojos, porque pensaba que su provincia no tenía por qué depender de ninguna otra. ¿Cómo podía ser, entonces, que los celestes lo obligaran a unirse a ellos?

Lo cierto es que mientras pensaba qué hacer, cómo esquivar el terrible llamado, una partida de soldados celestes se plantó en la puerta de su rancho.

—Manda el coronel Salazar que te prendamos, por desertor y gaucho malo —le dijo un hombre joven, que por la pinta del uniforme debía de ser sargento.

Antonio no se resistió. Había oído por ahí que no había peor cosa que rebelarse ante esas cuadrillas de soldados novatos e inexpertos, que ante la menor duda no vacilaban en apretar el gatillo. Le ataron las manos y emprendieron el camino hacia Goya,² donde los esperaba el tan mentado Salazar, que seguramente iba a encarcelarlo.

2 **Goya:** ciudad correntina ubicada a orillas del río Paraná.

El Gauchito Gil no era temeroso. ¡Qué iba a ser...! Estaba acostumbrado al fulgor del rayo en medio de la noche, a las patas del ganado que amenazaban golpearlo cuando cruzaban un riachuelo. Conocía el viento que puede tumbar un árbol y la amenaza de la yarará³ en el monte. Pero esta vez era distinto. Esta vez el peligro venía de otro lado, de algo que él nunca había conocido: la maldad del hombre. Él siempre se portaba bien con todos; por eso los demás, hasta ahora, habían sido igual de buenos con él.

En su momento no quiso creer lo que le contaba un paisano:

—Se llevan prisioneros a los desertores, pero pocos llegan a Goya, hermano. Los matan antes con alguna excusa. Que si han tratado de escapar o palabrear⁴ al sargento, lo mismo da. Ahí quedan los pobres, a mitad de camino y sin respirar más.

Ahora, el que marchaba atado de manos hacia Goya era él, Antonio Gil. Pensó: “¿Y si ya no vuelvo a mi Pay Ubre?”. Entonces se le humedecieron los ojos y se le hizo un nudo en la garganta. Pero ahí mismo sintió el rebencazo⁵ del sargento:

—¡Marche, pues, traidor!

Cuando los vecinos de Pay Ubre se enteraron de que los celestes se habían llevado al Gauchito Gil, se conmocionaron. Todos lo querían: era amable, generoso, siempre tenía palabras buenas

3 **Yarará:** víbora muy venenosa, típica de América del Sur.

4 **Palabrear:** hablar con el fin de convencer a alguien o de conseguir algún favor.

5 **Rebencazo:** golpe con un rebenque, que es el instrumento que se utiliza para azuzar al caballo.

preca
atras
parece
incred
dent
tahola

para el que estaba triste y algún trozo de charque⁶ para el hambriento. Se pusieron de acuerdo para hacer un pedido por escrito y mandarlo a Goya con la solicitud de que lo soltaran. Lo redactaron con cuidado e hicieron que todos firmaran abajo, incluso las autoridades militares del pueblo, que tenían cierto renombre. El chasqui⁷ más rápido de Pay Ubre fue el encargado de llevar la carta hasta Goya, donde un centinela la entregó inmediatamente a Salazar. El coronel se sorprendió: muchas veces le llegaban pedidos de clemencia, algunos más serios, otros más desprolijos; pero la carta que venía de Pay Ubre tenía un condimento especial, porque en ella se notaba el cariño de una multitud hacia ese gaucho bueno y respetuoso.

“¿Para qué vamos a ensuciarnos las manos?”, pensó Salazar. Y ahí nomás firmó la orden de libertad para Antonio Gil.

Pero sucedió que, mientras el documento firmado por el coronel viajaba hacia Pay Ubre, la cuadrilla que arrastraba al gaucho seguía avanzando para el lado de Goya, y se desenterraron.

En un cruce de caminos, el sargento que dirigía la partida de celestes dijo:

—Aquí hay un lindo algarrobo para sacarnos un peso de encima.

Antonio, a quien cada vez se le hacía más clara la desgracia que se avecinaba, murmuró:

6 **Charque:** carne salada y secada al aire o al sol para que se conserve.

7 **Chasqui:** emisario, correo, mensajero.



—No me matéis, sargento, que mi perdón está llegando a Pay Ubre.

—¿Y vos sos vidente ahora? Mirá que no sabía, che —respondió el sargento, con una mueca de desprecio.

El Gauchito tampoco sabía por qué decía lo que decía, pero algo en su interior le dictaba cada palabra.

—Para qué te digo, si igual me vas a matar... Pero acordate, sargento —dijo Antonio—, que cuando vuelvas a tu casa, tu gurí⁸ va a estar enfermo, y entonces sí que vas a pensar en mí.

El sargento, desconcertado, soltó una carcajada y gritó:

—¡De vos! Si ni me acuerdo de cómo te llamás...

Ya lo estaban colgando al Gauchito de una rama para degollarlo, cuando con un hilo de voz alcanzó a decir:

—Me llamo Antonio Gil. Acordate, sargento. Yo te perdono por lo que me vas a hacer... Pero cuando estés al lado de tu gurí enfermo, solamente yo voy a poder ayudarte.

Cuando la partida de celestes llegó a Goya, el sargento se había olvidado del incidente con el gauchito: tantas cosas tenía en la cabeza... Pero al entrar en su casa, descubrió con sorpresa que su hijo menor volaba de fiebre. Al lado de la cama había una curandera que le ponía un trapo húmedo en la frente.

—No hay nada que hacerle —le dijo la mujer—. El gurí se nos va.

El sargento se agarró la cabeza con las dos manos y se largó a llorar como un bebé.

8 **Gurí:** en el habla rural, niño, muchacho.

—¡No puede ser! —gritaba—. ¡No puede ser, Diosito, no me hagas esto!

—No lo invoques así —le susurró la vieja—, que Diosito sabe lo que hace.

En ese momento, al sargento le vino un refucilo⁹ de memoria y se acordó de lo que le había dicho el prisionero junto al algarrobo. Era tanta su desesperación que, dejando boquiabierto a la curandera, pronunció con voz clara y fuerte este pedido:

—¡Salvame a mi hijo, Gaucho Antonio Gil! Y perdoname, por favor, ¡perdoname!

En ese mismo instante, el chico, que todavía tenía el trapo mojado en la frente, se lo sacó y le dijo:

—¿Qué pasa, papá? ¿Por qué estás llorando?

Fue así como el hijo menor del sargento se salvó gracias a la intercesión del Gauchito Gil y, en agradecimiento, el soldado le levantó una capilla debajo del algarrobo donde había sido colgado.

La voz del milagro corrió rápidamente por todo Corrientes, especialmente en Pay Ubre, que era el pueblo amado de Gil. Todos los vecinos sabían que Antonio era más rojo que celeste, y por eso llevaron banderas coloradas al templo. Hasta el día de hoy, al Gauchito Gil se lo sigue venerando con ese color, y los costados de las rutas argentinas se engalanan de rojo recordándolo.

9 **Refucilo:** relámpago.

pre
a
parec
incred
dent
Tabola



LA LUZ MALA

Se levantó un viento muy fuerte, que arrancó de la sogá una funda de almohada y los pantalones de don Livio. Su esposa, doña Cata, le gritó desde la cocina:

—¡Meté la ropa adentro, que se viene el temporal!¹

Pero don Livio había salido a contar los animales y no la oyó. Es que él conocía las señales del cielo como la palma de su mano. Por los colores se daba cuenta de si venía el chaparrón, si iba a caer piedra o una garúa de nada. Podía pronosticar la peor de las tormentas con dos días de anticipación, o saber si iban a tener sequía para rato.

No siempre había sido ducho en esos asuntos; pero cada vez se los tomaba más en serio. Sobre todo desde que no estaba Pablo para ayudarlo con las tareas del ganado.

Don Livio no era rico ni mucho menos. Como varios paisanos de la zona, había empezado arrendando² un campito y, con el tiempo, pudo comprarse un par de hectáreas, donde tenía los contados animales que le daban sustento. Se había casado de muy joven con Catalina —doña Cata, como la llamaban todos—, y al año había llegado al mundo Pablo, un bebé regordete que, ya a los quince, era un hombre hecho y

1 **Temporal:** tormenta muy fuerte, con viento y lluvia persistentes.

2 **Arrendar:** pagar por el derecho a explotar un campo.

predica
atras
parece
incred
dent
tabola

derecho, capaz de enlazar un potro retobado³ y de montar a pelo la yegua más esquivada del potrero.

Livio le había enseñado a su hijo los quehaceres del campo. Lo hizo a su modo: un poco callado, quizás, pero siempre acompañándolo. Muchas eran las tardes en que padre e hijo se sentaban a ver la caída del sol mientras tomaban unos mates, sin decir una palabra. Así eran ellos, hechos a los rigores de esa tierra inmensa y llana que los rodeaba.

A Catalina le gustaba espiarlos desde la ventana de la cocina, mientras amasaba el pan o molía el maíz en el mortero. Más de una vez había tenido que enjugarse una lágrima de emoción con el borde del delantal, al admirar la pericia de Pablo cuando encerraba los animales o la rudeza de su marido montado a caballo como un caudillo.

—Esto, algún día, va a ser tuyo —le había dicho una mañana a Pablo su papá—; por eso, tenés que saber cuidar a los animales como los cuido yo, revisar los alambrados, estar atento al cielo para saber qué se nos viene encima.

Y Pablo se había quedado pensando, porque no había nada en el mundo que él quisiera más que a ese campo y a sus padres.

Pero pasó que, una tarde, el cielo se puso negro como un carbón apagado y el viento del sur empezó a soplar con fuerza. Todo se volaba: las flores del ceibo, los tachos con agua para que tomen los perros, hasta se vino abajo un poste y se quedaron sin luz. Don Livio salió al galope a encerrar los animales que estaban desparramados, rumiando. Al contarlos, se dio cuenta de que

3 **Retobado:** indómito, obstinado.

faltaba la Barcina,⁴ su mejor vaca. Pablo, que estaba asegurando unas lonas, lo escuchó gritar:

—¡No está la Barcina! ¡Se perdió la Barcina!

Y, ni lento ni perezoso, montó su yegua y salió a buscarla por los campos vecinos. “No sea que se haya ido para el arroyo”, pensó. Porque esa zona era resbaladiza y llena de piedras, y se hacía peligroso andar por ahí un día de tormenta.

El pobre don Livio estuvo a punto de decirle que se quedara, que no importaba tanto la Barcina. Pero no tuvo tiempo de abrir la boca. Su hijo era rápido como un galgo y se le había perdido de vista: ya andaría lejos de la tranquera.

Al ratito nomás la tormenta se largó con todo. Y fue terrible. Un rayo partió al medio el eucaliptus más viejo; se corrieron unas chapas del techo y la casa se llenó de goteras; se vinieron abajo las casillas del gallinero... Pero lo más triste no fueron las casillas, las goteras ni el eucaliptus. Lo más triste fue que, a la madrugada, cuando la tormenta ya había pasado y el cielo empezaba a clarear con un rosa casi transparente en el horizonte, la yegua de Pablo volvió con la Barcina, pero sin su jinete.

Durante años, marido y mujer no encontraron consuelo a la falta de Pablo. No había día que no lloraran pensando en él. Don Livio se iba caminando solito haciendo como que revisaba el alambrado, y ahí soltaba su llanto sin que nadie lo viese. Doña Cata, en cambio, que era muy creyente, rezaba un rosario al mediodía y otro antes de acostarse, y pedía:

—Devolvémelo al Pablo, Diosito, que lo extraño demasiado.

4 **Barcino:** animal de pelo blanco y pardo, y a veces rojizo.

parece
atras
parece
incréd
dent
Tabola

El estruendo de un relámpago le hizo pensar más rápido a don Livio. La tormenta venía apurada, con granizo y truenos de los feos. Encerró a las vacas y pensó: “Cada vez son menos”. Porque, últimamente, habían tenido que vender dos para poder parar la olla. Volvió a contarlas con la mirada y quedó desconcertado: faltaba una. De repente, en su cabeza se sucedieron cien imágenes diversas: vio a su hijo cruzando otra vez la tranquera para buscar a la Barcina; sintió la lluvia dañina contra los techos, esa lluvia que se lo había robado; y, finalmente, distinguió a la yegua de Pablo, aturdida, en la entrada del campo, como si hubiera querido decirle algo a don Livio, aunque nunca le había dicho nada...

“Otra vez, no”, se dijo, lleno de furia.

Ensiló el caballo, con más nervios que otra cosa, y alcanzó a gritarle a Cata:

—¡Voy a buscar a la Barcina, que se perdió!

Y partió a todo galope, dejando a su mujer más preocupada que nunca.

Anduvo varios kilómetros sin encontrar un mísero rastro de la vaca. No era solamente la rabia lo que lo empujaba a seguir cabalgando, sino una realidad mucho más palpable: ellos no podían darse el lujo de perder otro animal, porque las economías de la chacra estaban más difíciles que nunca y tenían la sogá al cuello.

En un santiamén se hizo de noche. El campo estaba oscu-
rísimo. Livio detuvo el caballo y desmontó. La lluvia iba amainando, aunque el agua no dejaba de caer, persistente y helada.



Miró hacia los cuatro costados y no vio nada. Ni siquiera se advertían los árboles, salvo en los momentos en que un rayo lo iluminaba todo.

—¡Barcina! —gritó el viejo, como si la vaca pudiera oírlo y correr hacia él.

Pero no tuvo respuesta. La vaca estaba perdida o —quién sabe— muerta.

—¡Barcina! —volvió a gritar.

Ya ni sabía por qué estaba ahí, en medio del campo, solo y aterido⁵ como un cadáver. Pensó en doña Cata, en la desesperación que ella debía haber sentido al verlo montar con ese temporal. Y después, como sin querer, recordó otra vez a Pablo. “¿Dónde estarás, hijito?”, se preguntó.

En eso, don Livio oyó un trueno y distinguió una luz clara delante de él. La piel se le erizó como cuero de carpincho. Sintió todo el miedo amontonado en las sienes. ¿Qué era aquello? Porque un rayo no era, sino más bien un vapor fosforescente que se movía hacia los costados, bailoteando, como si quisiera incitarlo a algo.

No tuvo tiempo de pensarlo. Todo su cuerpo sabía que esa era la luz mala. ¡Tantos años vividos en el campo, y nunca la había visto! Como una señal de quién sabe qué extraña presencia, ahí estaba esa nube luminosa dándole vueltas alrededor del caballo.

Enseguida, don Livio se santiguó: eso lo había aprendido de su abuelo, un gaucho bravo, contador de historias maravillosas y algo borrachín. Pero la luz, lejos de diluirse en la llovizna, se

5 **Aterido:** entumecido de frío.

hizo constante, cada vez más fuerte. Livio estaba desconcertado. Del miedo pavoroso, poco a poco su ánimo fue transitando hacia un sentimiento de inquietud, porque había algo en ese resplandor que le resultaba familiar. No sabía cómo explicarlo, de qué manera dilucidar lo que estaba viviendo, pero quizás esa iluminación súbita no fuera tan mala.

Se animó a preguntar al aire:

—¿Quién sos vos? ¿Qué querés?

Como la lluvia persistía, no alcanzó a oír ninguna respuesta. Pero notó que la luz se desplazaba hacia adelante, como guiándolo. “Voy a seguirla”, pensó. Porque no existía nada peor que lo que ya le había pasado: viejo, pobre y con deudas, habiendo perdido un hijo. ¿Qué más? ¿A qué otra desgracia podía tenerle miedo?

Asió firmemente las riendas y anduvo por el sendero que le marcaba la luz.

“¿Qué será?, ¿adónde me llevará...?”

Grande fue su asombro cuando oyó un mugido en las cercanías.

—¡Mi Barcina! —gritó, tan feliz como sorprendido—. ¡Encontré a mi vaca, por fin!

En ese momento, la luz desapareció y don Livio se topó de frente con el animal que tanto había buscado. La pobre vaca estaba echada en el suelo, con una pata atascada en una vizcachera.⁶

Sin saber a quién se dirigía, el viejo alzó la cabeza y, sintiendo cómo la llovizna le daba sobre la cara, dijo:

—¡Gracias! Ya no voy a tenerte miedo nunca más.

6 **Vizcachera:** madriguera que excava la vizcacha en el suelo.

predica
atras
parece
incrédi
dent
Tabola

Cuando llegó a su casa, después de dos horas de andar por el campo, la tormenta ya había amainado del todo. Doña Cata lo esperaba con un guiso caliente, de esos que ella preparaba mejor que nadie.

—¿Cómo estabas tan confiada en que iba a volver? —le preguntó su esposo.

Y Catalina, que era creyente hasta los tuétanos⁷ y más sentimental que él, le respondió muy suelta de cuerpo:

—Es que Pablo te guió. Seguro que trajiste con vos a la Barcina...

Don Livio se quedó estupefacto, pero no quiso indagar en el tema. Acababa de darse cuenta de que él también había sentido la presencia de su hijo. Una presencia buena detrás de esa luz a la que todos le tenían miedo.



7 **Hasta los tuétanos:** hasta lo más íntimo del ser; el tuétano es la sustancia que hay en el interior de los huesos.

LA NOCHE DE RUFINA

Rufina miró el antiguo reloj de pared. Faltaba poco para que las agujas marcaran las seis: a esa hora llegaría su amiga Irma, quien se había ofrecido a ayudarla con el vestido. Las últimas semanas habían sido un martirio para Rufina. Ella adoraba los dulces, especialmente los hechos con mazapán,¹ pero como el corsé² elegido por su mamá para la ocasión era muy estrechito, una tía le había aconsejado moderación, sobre todo con esos bombones tan ricos que llevaban las visitas para la hora del té.

La ocasión tan esperada era el cumpleaños número diecinueve de Rufina, un acontecimiento crucial tanto para ella como para la crema de la sociedad porteña, que estaba ansiosa por asistir a la presentación oficial de la hija del escritor y político Eugenio Cambaceres,³ fallecido hacía catorce años, víctima de la tuberculosis.

A pesar de los nervios que le hacían galopar el corazón, Rufina estaba atenta a cada detalle. Desde chica había sido puntillosa,⁴ especialmente en lo que se refería a su aspecto externo. Sin embargo, salvo algún que otro pariente muy cercano,

-
- 1 **Mazapán:** pasta hecha con almendras molidas y azúcar impalpable.
 - 2 **Corsé:** prenda interior que usaban las mujeres para ceñirse el cuerpo desde debajo del pecho hasta las caderas.
 - 3 **Eugenio Cambaceres:** escritor y político argentino, nacido en Buenos Aires en 1843 y muerto en París en 1888.
 - 4 **Puntilloso:** que está muy pendiente de los detalles en todo lo que hace, a veces hasta la exageración.

medica
atras
parece
incrédi
dent
Tabola

eran contados los que la veían, porque era tímida y bastante insegura de sí misma. A Irma la conocía desde la cuna casi. Tantos años hacía que eran amigas, que ni se acordaba de cuántos; por eso no le daba vergüenza probarse ropa delante de ella... y mucho menos, contarle sus secretos. Esa misma mañana le había dicho:

—Esta vez todos van a saber quién es Rufina Cambaceres.

A Irma le resultó extraño oír esas palabras tan graves en boca de su amiga, esa chica que únicamente mostraba preocupación por los géneros de un vestido o el color del empapelado que decoraba las paredes de su habitación. Pero la verdad era que nadie conocía bien a Rufina... O, para ser más exactos, nadie advertía los vericuetos de su alma. Era sensible a más no poder y quizás esa sensibilidad la hacía mostrarse callada, y hasta algo antipática, cuando lo que le pasaba en realidad era que tenía miedo de que la descubrieran melancólica y enamoradiza.

Hizo cuentas en su cabeza: a las siete debía estar vestida; siete y media, peinada y empolvada. A las ocho se subiría al coche con su mamá, y a las nueve menos cuarto estarían en la puerta del Teatro de la Ópera,⁵ porque la función de gala empezaba a las nueve. Por su imaginación empezaron a desfilar de a poco los personajes que vería desde su palco:⁶ allí estaría el médico de la familia, el doctor Lauría; su tío Valle, el diputado; la esposa del presidente... Su corazón se puso a batir como un tambor cuando pensó que seguramente iría a la función aquel joven

5 **Teatro de la Ópera:** situado en la avenida Corrientes de la Ciudad de Buenos Aires, fue el lugar donde se representaban los espectáculos musicales hasta la inauguración del nuevo teatro Colón, en 1908.

6 **Palco:** en los teatros, espacio con varios asientos y en forma de balcón.

abogado del que tanto hablaban sus compañeras, el de los ojos claros como el cielo y la cabellera negra como el carbón.

De golpe, la entrada de Irma interrumpió sus pensamientos.

—Aquí estoy —le dijo su amiga—. Hay que apurarse con ese vestido. Van a ser las seis y media.

¡Seis y media! ¡Era el colmo! Toda la semana aguardando este momento, y ahora a Rufina se le iban las horas soñando con el abogado...

—¿No estarás pensando en él? ¿No, Rufina? —le preguntó Irma, que sabía de sobra lo que pasaba en la cabecita de la cumpleañera.

—¡Qué voy a pensar! —le respondió la otra, que era orgullosa como una solterona.

Entre las dos sacaron, de una caja cuadrada, un vestido blanco con apliques en color púrpura y cuello de tul. Era un sueño: largo, de falda vaporosa como la espuma del mar, y una cinturita estrecha que le hubiera gustado usar a Blancanieves. Rufina lo miró embelesada. De golpe, se le vinieron a la cabeza una serie de imágenes: ella subiendo las escalinatas del teatro ante la admiración de los asistentes; su vestido haciendo el melodioso frufú del raso⁷ al caminar rumbo al palco; y, finalmente, la cara de nariz recta y mandíbula cuadrada del abogado, boquiabierto al verla más linda que una diosa griega. ¿La invitaría a su palco? ¿Qué le respondería Rufina? Como sin querer, su imaginación galopó de imagen en imagen y, de pronto, se vio vestida de novia,

7 **Raso:** tela de seda lustrosa.

parece
atras
parece
incred
dent
habla

llevando un hermoso ramo de orquídeas en la mano, y un cintillo⁸ brillante como una estrella...

—¿Qué tenés, Rufina? —le preguntó Irma sacándola del sueño.

—Nada —respondió ella.

¿Cómo iba a explicarle ese paraíso que se le cruzaba por la mente?
¿Cómo podía contarle sus fantasías, si eran tan vívidas, tan reales?

—¿Y las joyas? —siguió diciendo Irma, un poco desconcertada porque, de mostrarse ansiosa y frenética, Rufina había pasado a un estado de tranquilidad inaudito.

—Sí, las joyas, eso es lo más importante. Eran de mi abuela —contestó Rufina.

Y sacó del cajón de su secreter⁹ un alhajero que contenía un maravilloso juego de platino y diamantes.

El collar, los aros y el anillo de la abuela de Rufina hubieran bastado para comprar una mansión en el barrio más exclusivo de Buenos Aires. Las piedras eran grandes como porotos y proyectaban luces de colores sobre las paredes.

Irma ayudó a su amiga a calzarse el vestido.

—No lo cierres todavía —le pidió la cumpleañera—. Antes quisiera probarme el collar y los aros.

Y así fue como las dos amigas admiraron estupefactas la belleza de ese vestido, adornado por el brillo irresistible de los diamantes y la sonrisa blanquísima de Rufina, que se mostraba plena como nunca antes.

8 **Cintillo:** anillo pequeño de oro o plata, guarnecido de piedras preciosas.

9 **Secreter:** mueble con tablero para escribir y con cajones para guardar papeles.



—¡Estás tan linda, Rufina! —le dijo Irma, encantada de verla feliz.

Y era verdad: parecía una princesa, con la piel pálida, los labios encendidos por los nervios, y los ojos transparentes como el lago Maggiore.¹⁰

—Ahora sí, ajústalo, Irma, que se nos hace tarde —pidió Rufina, con la voz más calma que nunca.

Es que tenía tantas cosas en que pensar: cuidarse en las escalinatas del teatro para no tropezar; guardar en su cartera un pañuelo que hiciera juego con el vestido; pellizcarse las mejillas para darles color, quién sabe qué más...

En eso, sintió que flotaba por la habitación. “¿Será el vestido?”, pensó. Alcanzó a mirarse en el espejo. No... No era una princesa... Era una reina.

Irma trató de atajarla, pero no pudo, porque Rufina —que no estaba flotando, ni mucho menos— cayó con todo el peso de su cuerpo al suelo, como una piedra que se despeña desde un acantilado.

—¡Auxilio! —empezó a gritar Irma—. ¡Ayúdenme! ¡Se ha caído Rufina!

La señora Cambaceres apareció en la habitación, rápida como un rayo.

—¡Hay que llamar a Lauría! —gritaba—. ¡Que alguien llame al doctor Lauría!

10 **Lago Maggiore:** lago alpino del norte de Italia. Es el segundo lago de ese país por su extensión, después del Lago de Garda.

En unos segundos, la habitación de la joven estaba repleta de gente. La mucama, alterada y sin experiencia, le daba aire con un abanico. La cocinera ponía cerca de su nariz una bolsita con alcanfor.¹¹ Hasta el chofer se acercó para tratar de reanimarla. Pero a nadie en ese cuarto se le ocurrió pensar que había que aflojarle el vestido, que ese vestido la estaba matando.

El doctor Lauría llegó bastante rápido —el pobre ya estaba de frac,¹² listo para la función de la noche—; pero, aunque hubiera querido, no pudo dar buenas noticias: Rufina había muerto de un síncope.¹³

La señora Cambaceres estaba deshecha. No paraba de llorar, y no se explicaba cómo había pasado todo aquello. Tanta era su tristeza por esa repentina muerte, que prefirió que no se hiciera alharaca¹⁴ con la historia de lo que había ocurrido en el cuarto de su hija. Por eso optó por no velar a Rufina, y decidió depositar su cuerpo en la bóveda que la familia tenía en el cementerio de la Recoleta.¹⁵

Así se hizo. Obedeciendo las súplicas de una madre rendida por el sufrimiento, pusieron a Rufina en el cajón tal cual

11 **Alcanfor:** producto sólido, cristalino, blanco y de olor penetrante característico, que se obtiene del árbol llamado alcanforero; se utilizaba principalmente en la fabricación del celuloide y, en medicina, como estimulante cardíaco.

12 **Frac:** vestidura de hombre, que por delante llega hasta la cintura y por detrás tiene dos faldones largos; se utiliza para reuniones elegantes.

13 **Síncope:** pérdida repentina del conocimiento y de la sensibilidad, debida a la suspensión súbita y momentánea de la acción del corazón.

14 **Alharaca:** demostración extraordinaria de emociones.

15 **Cementerio de la Recoleta:** famoso cementerio ubicado en el barrio del mismo nombre, en la Ciudad de Buenos Aires.

medica
atras
parece
incred
dent
Tabola

estaba en su cuarto antes del síncope, con su vestido blanco, sus aros, su collar de diamantes y platino, y la dejaron sola en la bóveda familiar.

Esa noche, dos cuidadores que andaban dando vueltas entre las tumbas vigilando que nadie robara nada, oyeron ruidos en la bóveda de los Cambaceres y alumbraron con sus faroles el pasillo donde se levantaba la cúpula vidriada que había hecho construir el insigne escritor. Para tranquilidad de los dos hombres, no vieron más que un murciélago que se alejó volando al oír sus pasos.

—No es nada —le dijo el más alto a su compañero—. Un animalito, nomás. Cosas que pasan.

Y los dos siguieron camino hacia la administración para tomarse unos mates bien calientes, porque se estaban helando.

Lo cierto es que, al otro día, cuando le contaron al administrador del cementerio lo que había pasado en la cripta de los Cambaceres, el hombre, más escrupuloso que ellos —y un poco más audaz—, les dijo:

—Hay que revisar bien, muchachos, porque a esa chica la enterraron con joyas muy caras encima. Y se sabe que, hoy en día, ladrones no faltan. Menos que menos cuando se trata de semejante tesoro.

Ya sin tanto miedo, porque había un sol resplandeciente, los tres empleados del cementerio se acercaron a la bóveda donde estaba depositado el cuerpo de Rufina y comprobaron con alivio que la puerta no había sido forzada.

—¿Has visto? —comentó el más alto—. No es nada.

Pero, aunque parecía que todo estaba bien, el administrador tenía un mal presentimiento y quiso entrar a ver si también adentro las cosas estaban en orden.

Grande fue su desconcierto cuando descubrió que el cajón de Rufina se había corrido hacia un costado.

—¿No lo ajustaron bien? —preguntó el hombre a los dos serenos.

—¿Cómo que no? —respondió el más bajito—. Hace años que trabajamos en esto. No nos tome el pelo, jefe.

Entonces, un poco desconfiados, los tres hombres se acercaron al cajón para abrirlo. Porque, quizá, los ladrones eran más vivos que ellos y habían entrado por la cúpula, sin necesidad de abrir la puerta principal.

—Abrí el cajón, hermano —le ordenó el administrador al más alto—. Vamos a ver qué pasó acá.

Y fue entonces cuando los tres empleados del cementerio se quedaron con la boca abierta. No podían creer lo que veían sus ojos. Dentro del cajón los esperaba una terrible sorpresa. Las joyas estaban en su sitio, intactas, lustrosas y brillantes como una mañana de enero... Pero Rufina, la jovencita y soñadora Rufina, tenía los puños cerrados sobre el pecho y una expresión de espanto en el rostro.

Los médicos trataron de explicar el caso diciendo que la pobre Rufina había sufrido un episodio de catalepsia.¹⁶ Tal vez esa excusa haya servido para su madre, que no daba para disgustos.

16 **Catalepsia:** accidente nervioso repentino, que suspende las sensaciones e inmoviliza el cuerpo.

medica
atras
parece
incred
dent
tabola

Lo cierto es que nunca se supo la verdad. Pero, ya de viejita, Irma, su más querida amiga, les contaba a sus nietos que el día en que Rufina cumplía diecinueve años, no se había muerto, sino que se había quedado viviendo en un sueño. El sueño en el que un abogado de ojos claros como el cielo y cabellera negra como el carbón la llevaba hasta el altar.



(Sobre terreno conocido)

Comprobación de lectura

La flor de lirolay

Lean las acciones de la lista y luego numérenlas del 1 al 12 según el orden que tienen en la leyenda.

- La mujer del hachero le cuenta a una vecina lo que le pasó a su marido.
- Lecko encuentra a Jhomis y Menate borrachos.
- Lecko ayuda a la anciana a cruzar la aguada.
- Kunchu recupera la vista.
- Los hijos de Kunchu parten rumbo al norte en busca de la flor de lirolay.
- El hachero escucha el canto de las ramas del mistol.
- Lecko perdona a sus hermanos.
- Kunchu sufre una caída y queda ciego.
- La anciana le da a Lecko la flor de lirolay.
- Kunchu manda cavar un pozo al pie del mistol y allí encuentra a Lecko.
- Jhomis y Menate deciden matar a Lecko para sacarle la flor de lirolay.
- Un chamán le revela a Kunchu que la flor de lirolay lo curará de la ceguera.

La travesía de Deolinda

Marquen con una cruz la opción correcta.

- 1 El marido de Deolinda se llama...
- a) Braulio.
 - b) Baudilio.
 - c) Basilio.
- 2 El viento zonda es...
- a) cálido y seco.
 - b) frío y húmedo.
 - c) frío y seco.
- 3 Los soldados se llevan al marido de Deolinda rumbo a...
- a) Córdoba.
 - b) Tucumán.
 - c) La Rioja.
- 4 Cuando se entera de que se han llevado a su marido, Deolinda decide...
- a) ir a buscarlo llevando el bebé.
 - b) ir a buscarlo dejando el bebé en casa de sus padres.
 - c) quedarse en casa de sus padres rezando.
- 5 Para la travesía, Deolinda lleva...
- a) una botella con agua.
 - b) una bolsa con pan.
 - c) una bolsa con frutas.
- 6 El templo que Zevallos edificó en honor de la Difunta Correa queda en la provincia de...
- a) Mendoza.
 - b) La Rioja.
 - c) San Juan.

El Familiar

Resuelvan el siguiente acróstico guiándose con las referencias que se dan abajo.

- a) __ F __
b) _____A
c) _____M __
d) _____I __
e) _____L _____
f) _____I __
g) _____A
h) _____R __



Ingenio azucarero.

Referencias

- a) Cosecha de la caña de azúcar.
b) Nombre de la hija del Payo Di Salvo.
c) Provincia argentina donde se encuentra Cruz Alta.
d) Local típico de los ingenios, donde se vendía al peón comida y bebida, y otros enseres.
e) Reptil bajo cuya forma se presentó por primera vez el Familiar al Payo Di Salvo.
f) Hacienda con instalaciones para procesar la caña con el objeto de obtener azúcar, ron, alcohol y otros derivados.
g) Nombre de la hija de Hernández, con quien se casó el Payo Di Salvo para apoderarse de su ingenio.
h) Nombre con que exigió ser llamado el Familiar cuando se le apareció al Payo Di Salvo.

Santos Vega, payador

En la carpeta, respondan a las siguientes preguntas.

- 1 ¿En qué época transcurre esta historia?
- 2 ¿En qué lugar?
- 3 ¿De qué se ocupaba Santos Vega en la estancia?
- 4 ¿Con qué sueña Santos Vega mientras trabaja en la estancia?
- 5 ¿Por qué Santos Vega decide irse de la estancia?
- 6 ¿A qué se dedica una vez que deja la estancia?
- 7 ¿Por qué se vuelve famoso en las pulperías?
- 8 ¿Quién es Juan Sin Ropa?
- 9 ¿Qué le sucedió a Santos Vega después de la payada con Juan Sin Ropa?

Gualicho

Coloquen la V de verdadero o la F de falso al lado de las siguientes afirmaciones.

- a) Ñanku tenía muchos hermanos.
- b) El nombre de Ñanku quiere decir “águila” en mapuche.
- c) Ñanku cumple años el 31 de diciembre.
- d) Gualicho es un espíritu benefactor.
- e) Lo que había en el vaso que tomó Ñanku era chicha.
- f) Ñanku cumplía doce años.
- g) Ñanku está contento con su nombre.
- h) En los cumpleaños de Ñanku, nunca había chicos de su edad.
- i) En esa fiesta no hubo discusiones entre los parientes.
- j) Al final de la fiesta, Ñanku sopla las velitas.

El Pombero

Entre los siguientes adjetivos, elijan los que podrían corresponderle al Pombero y rodéenlos con un círculo.

bueno – travieso – alto – responsable – juguetón – bajito – saltarín – barbudo – amigable – serio

En esta sopa de letras se ocultan nueve nombres de comidas típicas de la Argentina. ¿Cuáles pueden encontrar? Identifiquen la comida típica de la zona del litoral que se menciona en el relato y escríbanla en el recuadro del costado.

S	P	E	N	Z	O	F	L	I	Z
T	A	M	A	L	E	S	A	R	U
J	I	P	Z	O	M	A	C	Y	L
C	L	A	N	K	F	O	H	D	O
H	I	N	V	A	M	E	I	U	C
A	B	A	S	D	B	F	P	O	R
R	U	D	L	E	A	S	A	D	O
Q	F	A	T	A	Y	I	J	S	R
U	V	S	A	T	P	E	N	I	M
E	A	M	S	H	U	M	I	T	A

--	--	--	--	--	--

Coquena

Mediante flechas, unan cada palabra del cuento con la frase que le corresponde.

Cochinoca	Lugar de Buenos Aires donde se encuentra la terminal de ómnibus.
Coquena	Localidad donde están las tierras que hereda Antonio.
Chullo	Capital de la provincia de Jujuy.
San Salvador	Palabra que se usa en el noroeste para referirse a un muchacho.
Chiflón	Espíritu protector de las vicuñas.
Retiro	Un tipo de pájaro.
Chango	Gorro de lana con orejeras.

El Gauchito Gil

Entre las siguientes afirmaciones hay dos que son incorrectas. Encuéntruelas y corríjanlas.

- El Gauchito Gil simpatizaba con los rojos.
- La gente de Pay Ubre quería mucho al Gauchito Gil.
- Pay Ubre está en la provincia de Misiones.
- Antonio Gil se dedicaba a cuidar animales.
- El coronel Salazar firma la condena a muerte de Antonio Gil.
- El hijo menor del sargento se recupera de la enfermedad.

La luz mala

En la carpeta, completen la secuencia de acciones agregando la información que falta en cada caso.

- Don Livio y doña Cata tenían un hijo llamado...
- Una tarde, se desató una tormenta y el muchacho salió a buscar a...
- A la madrugada siguiente, Livio y Cata vieron llegar a los animales, pero...

- Don Livio y su mujer tenían cada vez menos animales porque...
- Cuando don Livio salió a buscar a la Barcina vio...
- La luz guió a don Livio hasta...
- Doña Cata estaba segura de que su esposo volvería porque...

La noche de Rufina



En la carpeta, respondan a las siguientes preguntas.

- a) ¿Cómo se llamaba el papá de Rufina?
- b) ¿A qué se dedicaba?
- c) ¿A qué teatro iban a ir Rufina y su madre para festejar el cumpleaños de la joven?
- d) ¿De quién había heredado Rufina las joyas que iba a ponerse esa noche?
- e) ¿Qué contenía la bolsita que la cocinera acercó a la nariz de la desvanecida Rufina?
- f) ¿En qué cementerio se encuentra la bóveda donde están los restos de Rufina?

Actividades de comprensión y análisis

La flor de lirolay

- 1 Las **acciones de una narración** se estructuran en tres momentos principales: la situación inicial, en la que se presenta a los personajes, el lugar y el momento en que sucede la historia; el **conflicto** o **nudo**, momento en el cual se plantea y se desarrolla un problema; y el **desenlace**, que es la parte del relato en la que se resuelve el conflicto.
 - a) Marquen en la leyenda las tres partes que conforman su estructura.
 - b) Propongan un criterio para subdividir el conflicto o nudo en distintos momentos.
- 2 En las tradiciones rurales, se reconocen diversas hierbas con propiedades medicinales. Averigüen el nombre de por lo menos cinco plantas medicinales conocidas en el lugar donde ustedes viven y confeccionen una tabla escribiendo en una columna el nombre de la planta y, en otra, las propiedades que posee. Si quieren, pueden usar una tercera columna para hacer un dibujo de la planta o pegar una foto. Por ejemplo:

Planta	Propiedades	¿Cómo es?
Manzanilla	<i>favorece la digestión</i>	
Tilo	...	

La travesía de Deolinda

- 1 El texto que leyeron es una **narración**. En las narraciones, se relatan las **acciones** realizadas por unos personajes; esas acciones se ubican en un **lugar** y en un **tiempo** determinados.
 - a) ¿Cuáles son los personajes de este relato?
 - b) ¿En qué lugares transcurren las acciones?
 - c) ¿Cuánto tiempo abarcan, aproximadamente, los hechos que se narran?
- 2 A la vera de muchas rutas de la Argentina, pueden verse pequeños altares y santuarios dedicados a la Difunta Correa, como el que se muestra en la fotografía. Prestando atención a lo que leyeron en el relato y observando la imagen, respondan a las siguientes preguntas:



Santuario dedicado a la Difunta Correa.

- a) ¿Por qué creen que a la Difunta Correa se le rinde culto en los caminos?
- b) ¿Qué tipo de ofrenda colocan los fieles? ¿A qué les parece que se debe esto?

El Familiar

- 1 ¿Les parece que “El Familiar” es una **historia** de terror? Justifiquen la respuesta.
- 2 A lo largo de este relato, el narrador utiliza varias **frases hechas** típicas del habla coloquial. ¿Qué significa cada una de estas frases? Ubíquenlas en el texto, subráyenlas y traten de deducir qué quieren decir. Marquen con una cruz el significado que consideren más adecuado.
- Se ha quedado a vestir santos.
 - a) Vive en una iglesia.
 - b) Se ha quedado soltera.
 - c) Confecciona ropa.
 - Era de fierro para el trabajo.
 - a) Era muy trabajador.
 - b) Era muy torpe.
 - c) Era muy fuerte.
 - Optó por cerrar el pico.
 - a) Dejó de comer.
 - b) Se dedicó a ahorrar.
 - c) No protestó.
 - La ligó sin comerla ni beberla.
 - a) Le sucedió algo sin haberlo buscado.
 - b) Pasó mucha hambre.
 - c) Recibió un premio sorpresivamente.
 - Los asuntos comenzaron a ir sobre ruedas.
 - a) Todo se mecanizó.
 - b) Todo se aceleró.
 - c) Todo se desarrolló bien.
 - No era hierba buena.
 - a) Era una persona malvada.
 - b) Era un yuyo.
 - c) Era una persona amigable.

Santos Vega, payador

- 1 En 1877, el poeta argentino Rafael Obligado publicó el **poema narrativo** *Santos Vega*, basado en la leyenda de este gaucho. Lean la estrofa final del texto de Obligado y, luego, respondan a las preguntas para relacionar con el relato que aparece en este libro.

Ni aun cenizas en el suelo
de Santos Vega quedaron,
y los años dispersaron
los testigos de aquel duelo;
pero un viejo y noble abuelo,
así el cuento terminó:
“Y si cantando murió
aquel que vivió cantando,
fue”, decía suspirando,
“porque el diablo lo venció”.

Rafael Obligado, *Santos Vega*



Rafael Obligado, 1851-1920.

- a) ¿A qué se refiere el poeta al hablar de “duelo”?
- b) ¿Quién es “aquel que vivió cantando”?
- c) ¿Con qué nombre aparece el diablo en la historia de Santos Vega?
- d) ¿Por qué murió el gaucho Santos Vega?
- 2 Entre los **personajes** de esta historia se destacan Santos Vega, que es el **protagonista**, y Juan Sin Ropa, que es su **oponente**. Copien en la carpeta una tabla como la que sigue y complétenla con los datos que consideren relevantes.

Personaje	Características principales	Fragmento del relato para justificar
Santos Vega		
Juan Sin Ropa		

Gualicho

- 1 Lean estas dos **definiciones enciclopédicas** de la palabra *gualicho* y elijan la que consideren que más se relaciona con el relato que leyeron.

DEFINICIÓN 1

El *gualicho* es un tipo de espíritu o ser dañino propio de la mitología mapuche. Personifica las causas de las desgracias y los males. Se dice que es un espíritu fuerte cuya malignidad presenta matices que van de la crueldad destructora hasta la traviesa picardía, pasando por las discusiones en las fiestas. Para lograr sus fines, utiliza los sentimientos de las personas.

DEFINICIÓN 2

En América del Sur, la palabra *gualicho* se encuentra muy difundida fuera de la etnia mapuche. En este caso, el *gualicho* pierde su significado mítico y pasa a ser considerado como un hechizo o un embrujo. Con este significado se relaciona el verbo *engualichar*, que se usa en todo el territorio de la Argentina.

- 2 Justifiquen la elección que hicieron en la actividad anterior citando alguna parte del relato.

El Pombero

- 1 El Pombero es un personaje que hace mil líos a la hora de la siesta. Relean el relato y escriban en la carpeta por lo menos cuatro maldades del Pombero en la casa de Romildo.
- 2 Conversen entre todos y luego contesten en forma individual a las siguientes preguntas:
 - a) ¿Por qué Romildo cree, en un momento, que su encuentro con el Pombero fue un sueño?

- b) ¿En qué momento del relato Romildo piensa que el encuentro con el Pombero fue real? ¿Por qué se le ocurre esta idea? ¿Cómo reacciona?
- c) ¿A ustedes qué les parece? ¿Se habrá tratado de un sueño?

Coquena

- 1 Busquen información sobre la provincia de Jujuy, especialmente sobre la zona de Cochinoca, donde transcurre el relato, y respondan a las siguientes preguntas:
 - a) ¿Cómo es el clima en esa región de la Argentina?
 - b) ¿Qué animales se crían en esa región?
 - c) ¿Qué utilidad brindan esos animales?
 - d) ¿Qué productos artesanales confeccionan los lugareños gracias a esos animales?
 - e) ¿Por qué no hay mucha población en esa zona?
- 2 Relean el relato y respondan.
 - a) ¿Coquena es un personaje maligno?
 - b) ¿Es amigo del hombre?
 - c) ¿Por qué detesta a los cazadores?

El Gauchito Gil

- 1 Al igual que lo que sucede con la Difunta Correa, al Gauchito Gil se le rinde culto al costado de muchas rutas y caminos de nuestro país; pero, a diferencia de la primera, sus altares están siempre debajo de un árbol. ¿A qué les parece que se debe esto?
- 2 El Gauchito Gil era un hombre pacífico y bueno. En la carpeta, transcriban al menos tres frases del relato donde se demuestre el carácter de este personaje.

La luz mala

- 1 Por lo que se cuenta en este relato, don Livio vive en una zona de llanura fértil, surcada por arroyos. ¿En qué región de la Argentina podría estar ubicado el campo de don Livio? ¿Qué otro relato de este libro se desarrolla en ese mismo escenario?
- 2 Existen diversas teorías para explicar la aparición en la noche de esa fosforescencia que los pobladores del campo llaman “luz mala”. Averígüenlas y conversen en grupos sobre ellas. Pueden consultar, por ejemplo, el siguiente artículo en internet:
http://es.wikipedia.org/wiki/Luz_mala

La noche de Rufina

- 1 El **narrador** aparece en un relato como la voz que transmite los hechos. Según la persona gramatical y el conocimiento de los hechos que manifieste, pueden distinguirse estos tipos básicos de narrador:

Narrador	Persona gramatical	Características
Protagonista	Primera	Participa como personaje central en los hechos que narra.
Testigo	Primera	Participa en los hechos que narra, pero no como protagonista. Narra lo que sabe, porque lo vio o lo escuchó.
	Tercera	No participa en la acción, sino que cuenta lo que otros vieron u oyeron.
Omnisciente	Tercera	Narra los hechos sin participar en ellos, pero demuestra que sabe más que los personajes, ya que conoce sus pensamientos, sus sentimientos, su pasado y su futuro.

- Lean el siguiente fragmento de “La noche de Rufina” e identifiquen el tipo de narrador que aparece en este relato.

A Irma le resultó extraño oír esas palabras tan graves en boca de su amiga, esa chica que únicamente mostraba preocupación por los géneros de un vestido o el color del empapelado que decoraba las paredes de su habitación. Pero la verdad era que nadie conocía bien a Rufina... O, para ser más exactos, nadie advertía los vericuetos de su alma. Era sensible a más no poder y quizás esa sensibilidad la hacía mostrarse callada, y hasta algo antipática, cuando lo que le pasaba en realidad era que tenía miedo de que la descubrieran melancólica y enamoradiza.

- 2 ¿Por qué es importante para el desarrollo de la historia que Rufina use las costosas joyas de su abuela?

Actividades de producción

- 1 **Descripción.** Observen esta imagen de la Difunta Correa y descríbanla. ¿Qué momento de la historia les parece que representa?



Imagen de la Difunta Correa, en Vallecito, provincia de San Juan.

- 2 **Narración.** El relato sobre Deolinda Correa termina con el milagro de Zevallos y la construcción del templo en su honor, pero... ¿qué ocurrió con el hijo de Deolinda y Baudilio? Porque el bebé, como leyeron, había sobrevivido prendido al pecho de su madre. Escriban un pequeño relato donde cuenten lo que imaginan que pasó con ese niño.
- 3 **Punto de vista.** El narrador puede posicionarse en diferentes lugares para contar su historia: por ejemplo, puede seguir la mirada de distintos personajes para referir los hechos, es decir, puede adoptar diferentes puntos de vista. Elijan una de las siguientes opciones:
- a) Escriban la historia de “El Gauchito Gil” desde el punto de vista del sargento, luego de la curación de su hijo.
 - b) Escriban los sucesos de “La noche de Rufina” desde el punto de vista de Irma, cuando les relata a sus nietos lo que ocurrió con su amiga.

- 4 **Crónica periodística.** Luego del hallazgo de los cuidadores del cementerio, el día siguiente a la muerte de Rufina Cambaceres, un diario decide enviar a un reportero para escribir una nota sobre la historia. ¿A quiénes habrá entrevistado? ¿Qué testimonios habrá reunido? A partir de las ideas que se les ocurrieron escriban la crónica, sin olvidarse de poner el título, el copete y los epígrafes para las fotografías.
- 5 **Payada.** Como ya vieron al leer la historia de Santos Vega, una payada se desarrolla con las poesías que el gaucho cantaba casi recitando con la ayuda de la guitarra, y se caracteriza por ser improvisada (es decir que no se canta algo que se compuso previamente y se aprendió de memoria). Los principales temas que aparecen en las payadas son: el origen de la vida, el amor, el hogar o el misterio de la muerte. La payada podía ser individual o a dúo, esta última se llamaba *contrapunto* y podía estar formada por preguntas y respuestas; en este caso, terminaba cuando uno de los cantores no respondía inmediatamente la pregunta del otro y, por lo tanto, se consideraba derrotado. En *La vuelta de Martín Fierro*, de José Hernández, aparece una famosa payada entre el protagonista y el Moreno, de la que se reproduce este fragmento.

MARTÍN FIERRO

Y ansí me gusta un cantor
que no se turba ni yerra.
Y si en tu saber se encierra
el de los sabios projundos,
decime cuál en el mundo
es el canto de la tierra.

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
es escasa mi razón,
mas pa dar contestación
mi inorancia no me arredra.



José Hernández, 1834-1886.

También da chispas la piedra
si la golpea el eslabón.

Y le daré una respuesta
sigún mis pocos alcances:
forman un canto en la tierra
el dolor de tanta madre,
el gemir de los que mueren
y el llorar de los que nacen.

José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*



Tomando como referencias estos ejemplos, escriban una estrofa de payada en seis versos, que hable sobre el campo, el caballo, la guitarra, el amor... o cualquiera de los motivos que se nombran en el relato “Santos Vega, payador”.

- 6 **Proyecto final: guía turística.** Entre todos, distribúyanse las tareas para confeccionar una guía turística de la Argentina, organizada por regiones. Les recomendamos incluir, para cada región, los siguientes materiales: mapa, fotografías de paisajes naturales y de ciudades, información sobre tradiciones, devociones y leyendas, músicas y danzas folclóricas, trajes tradicionales, festejos, artesanías, comidas típicas.



Cochino, en la provincia de Jujuy.

Recomendaciones para leer y para ver

Si les gustan las leyendas de nuestro pueblo, pueden leer:

- Accame, Jorge. *El puente del diablo*. Buenos Aires, Sudamericana, colección Cuentamérica, 1998.
- Artigas de Sierra, Ione (coordinadora). *Cuentos, mitos y leyendas para niños de América Latina*. Buenos Aires, CERLALC, 1998.
- Bustamante, Nelvy. *Cuentan en la Patagonia*. Buenos Aires, Sudamericana, colección Cuentamérica, 2005.
- Córdova, Fernando. *Leyendas, mitos y otros relatos guaraníes*. Buenos Aires, Longseller, 2004.
- Córdova, Fernando. *Leyendas, mitos y otros relatos mapuches*. Buenos Aires, Longseller, 2004.
- Córdova, Fernando. *Leyendas, mitos y otros relatos indios de las pampas argentinas*. Buenos Aires, Longseller, 2005.
- Martínez, Paulina y otros autores. *Leyendas argentinas*. Buenos Aires, Sigmar, 2007.
- Dávalos, Juan Carlos. *Cuentos y relatos del Norte argentino*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1997.
- Palermo, Miguel Ángel. *Lo que cuentan los collas*. Buenos Aires, Sudamericana, colección Cuentamérica, 2003.
- Palermo, Miguel Ángel. *Lo que cuentan los guaraníes*. Buenos Aires, Sudamericana, colección Cuentamérica, 1998.
- Palermo, Miguel Ángel. *Lo que cuentan los mapuches*. Buenos Aires, Sudamericana, colección Cuentamérica, 2000.
- Palermo, Miguel Ángel. *Lo que cuentan los wichís*. Buenos Aires, Sudamericana, colección Cuentamérica, 1999.
- Repún, Graciela. *Leyendas argentinas*. Buenos Aires, Norma, colección Torre de papel, 2001.
- Río, Marcelo. *Leyendas del sur patagónico*. Buenos Aires, Corregidor, 2007.
- Shua, Ana María. *La luz mala*. Buenos Aires, Sudamericana, colección Cuentamérica, 2001.

Sugobono, Nahuel. *Leyendas, mitos y otros relatos tobas*. Buenos Aires, Longseller, 2006.

Sugobono, Nahuel. *Leyendas, mitos y otros relatos wichís*. Buenos Aires, Longseller, 2006.

Zanardi, Irma. *Por aquí se cuenta...* Buenos Aires, El Ateneo, 1998.

Si les interesa la literatura gauchesca, les recomendamos:

Hernández, José. *Martín Fierro*. Buenos Aires, Kapelusz, colección Grandes Obras de la Literatura Universal, 2008.

Obligado, Rafael. *Santos Vega*, Buenos Aires, Colihue, colección Leer y crear, 1981.

La historia de un gaucho famoso:

Gutiérrez, Eduardo. *Juan Moreira*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

Pueden ver estas dos películas clásicas de nuestro cine, que hablan sobre personajes legendarios de la Argentina:

Juan Moreira, dirigida por Leonardo Favio, con guión de Leonardo Favio y Jorge Zuhair Jury, según la obra de Eduardo Gutiérrez, 1973.

Nazareno Cruz y el Lobo, dirigida por Leonardo Favio, con guión de Leonardo Favio y Jorge Zuhair Jury, según un radioteatro de Juan Carlos Chiappe, 1975.

En internet, les recomendamos visitar la siguiente página que da información muy completa acerca de los asustadores indígenas:

<http://encina.pntic.mec.es/agonza59/indigenas.htm>

También les pueden interesar estos sitios, que reúnen varias leyendas y tradiciones argentinas:

<http://www.diccionariodemitos.com.ar/>

<http://www.folkloretradiciones.com.ar/>

<http://www.folkloredelnorte.com.ar/tradyley.htm>

<http://www.argentina.gov.ar/argentina/portal/paginas.dhtml?pagina=224>

Bibliografía

Sobre las tradiciones, las creencias y las devociones de la Argentina

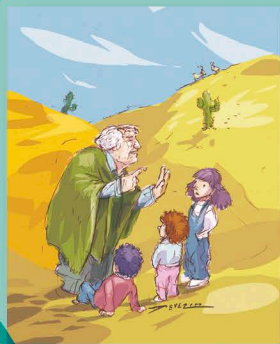
- Colombres, Adolfo. *Seres mitológicos argentinos*. Buenos Aires, Colihue, 2008.
- Colombres, Adolfo. *Seres sobrenaturales de la cultura popular argentina*. Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1984.
- Coluccio, Félix. *Devociones populares argentinas y americanas*. Buenos Aires, Corregidor, 2001.
- Coluccio, Félix. *Diccionario de creencias y supersticiones argentinas y americanas*. Buenos Aires, Corregidor, 1999.
- Coluccio, Félix. *Diccionario folklórico argentino*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1982.
- Terrera, Guillermo. *Cuentos de la tierra argentina*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1975.
- Saubidet, Tito. *Vocabulario y refranero criollo*. Buenos Aires, Kraft, 1943.
- Voglino, Damián. *Mitos y leyendas del río, del campo y la ciudad*. Buenos Aires, Continente, 2007.

Sobre el mito en general

- Bauzá, Hugo Francisco. *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Bauzá, Hugo Francisco. *Qué es un mito. Una aproximación a la mitología clásica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- Kirk, Geoffrey. *El mito. Su significado y funciones en la Antigüedad y otras culturas*. Barcelona, Paidós, 1985.



Esta obra se terminó
de imprimir en diciembre
de 2012, en los talleres de
Buenos Aires Print,
Presidente Sarmiento 459,
Lanús, provincia de
Buenos Aires, Argentina.



En el territorio de la Argentina se han desarrollado diversas culturas, amparadas por un abanico de climas y paisajes muy variados. Esas culturas tejieron relatos que reflejan su manera única de ver el mundo, que fue transmitiéndose de padres a hijos mediante el lenguaje y la memoria.

Fue acá y hace mucho recopila diez relatos inspirados en devociones, leyendas y creencias que se originaron en nuestro territorio, en distintos lugares y diferentes momentos, y continúan teniendo una actualidad innegable. En sus páginas están las historias de la Difunta Correa y el Gauchito Gil, seres capaces de canalizar el sentimiento religioso de un pueblo que los venera, y también la del mítico payador Santos Vega. Otros relatos se centran en personajes mágicos, como el Pombero, el Familiar, Gualicho y Coquena, el espíritu protector de las vicuñas. Y no falta la Luz Mala, que sorprende a quienes andan de noche por el campo. O la tremenda historia de Rufina Cambaceres, a comienzos del siglo XX, junto a la antigua leyenda de la flor de lirolay.

Nuestra edición se completa con variadas propuestas de trabajo que acompañan a los lectores en este recorrido por los secretos de nuestra tierra, invitándolos a descubrir las tradiciones siempre vivas que se renuevan en el canto, la danza, las comidas regionales y los saberes populares.

CC 29002285

ISBN 978-950-13-2339-9



9 789501 323399

Kapelusz
norma

www.kapelusznorma.com.ar